



Digital Commons@

Loyola Marymount University
LMU Loyola Law School

Con-spirando

Women's and Gender Studies

6-1999

Nº28: Mujer adulta: Entrelazando ciclos

Colectivo Con-spirando

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.lmu.edu/con-spirando>



Part of the [Feminist, Gender, and Sexuality Studies Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

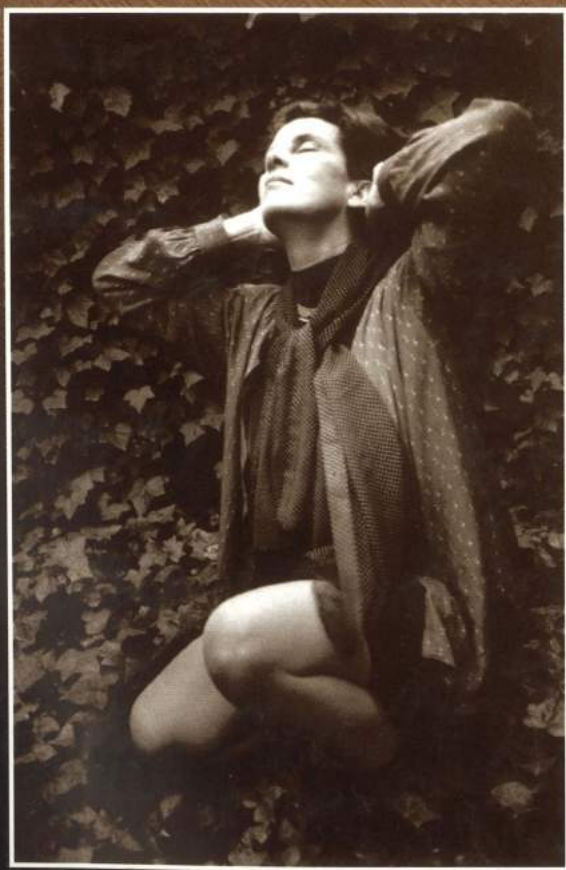
Recommended Citation

Colectivo Con-spirando, "Nº28: Mujer adulta: Entrelazando ciclos" (1999). *Con-spirando*. 27.
<https://digitalcommons.lmu.edu/con-spirando/27>

This Book is brought to you for free and open access by the Women's and Gender Studies at Digital Commons @ Loyola Marymount University and Loyola Law School. It has been accepted for inclusion in Con-spirando by an authorized administrator of Digital Commons@Loyola Marymount University and Loyola Law School. For more information, please contact digitalcommons@lmu.edu.

REVISTA LATINOAMERICANA DE ECOFEMINISMO, ESPIRITUALIDAD Y TEOLOGIA

CON-SPIRANDO



*mujer adulta:
entrelazando ciclos*

Editorial	1
<i>Colectivo Editorial</i>	
Mi madre yo misma	
Amor de madre: ¿abismo sin medida?	2
<i>Nancy Friday</i>	
Una mujer mira a la otra	4
Reciprocidad y separación	5
<i>Nancy Friday</i>	
Quiero hacer teología en solidaridad con mi madre	7
<i>Chung Hyun Kyung</i>	
El deseo de política: tras la figura de la madre simbólica	12
<i>Ida Dominijanni</i>	
Bailar mi teología	17
<i>Ye Yere Ife</i>	
Sexualidad y experiencias místicas de mujeres adultas	21
<i>Lene Sjørup</i>	
¿Voto de castidad?	28
<i>Joan Chittister</i>	
Tomar las riendas: Testimonios	32
<i>Michelle Najlis, Regina Darosa, Inés Romero, Eva G. Garrod, Peti, Mónica, Stella, Malú, Imogen Mark, Anónimo (Consultorio Sentimental)</i>	
Retomando lo sagrado	44
<i>Rito: La mujer roja</i>	
Retomando la palabra	46
<i>Salud reproductiva</i>	
Haciendo las conexiones	
Encuentros	48
Retrato	50
Recursos	51
Contactos	52



**mujer adulta:
entrelazando ciclos**
Nº 28, junio de 1999

Colectivo Editorial

Elena Aguila
Helen Carpenter
Josefina Hurtado
Mary Judith Ress
Ute Seibert
Luz María Villarroel

Coordinadoras N° 27

Josefina Hurtado N.
Ute Seibert

Gráfica y diagramación:

Luz María Villarroel Ch.

Edición de textos:

Elena Aguila Z.

Foto portada:

Terri Ruth Unger

Impresión:

Andros Productora Gráfica

Conspirando

Malaquías Concha 043

Casilla 371-11

Correo Ñuñoa

Santiago, Chile

Fono-fax: (562) 222 3001

Conspira@mail.bellsouth.cl

Dedicamos este segundo número sobre los ciclos de vida, a las mujeres adultas. Una etapa que sugiere plenitud, por un lado, y que, a la vez, abre la posibilidad de revisar, elegir, tomar decisiones, cambiar de rumbo o continuar de manera más consciente un camino ya iniciado.

En esta nueva vuelta de la espiral, podemos entender las formas en que establecemos relaciones—aprendizajes familiares que siguen presentes. La figura de la madre, como un primer vínculo, puede ser re-visitada: podemos cuestionarla, encontramos con/en ella, re-crear situaciones. Nos encontramos en este proceso con imágenes de otras mujeres adultas, complejas y contradictorias, madres reales, madres-espejo, mi madre-yo misma. Aparece, también, proponen algunas, la necesidad de darle un lugar a la madre simbólica.

Pareciera ser, además, una etapa marcada por la búsqueda y el descubrimiento del amor: amor a sí misma como la condición del amor a los/as demás; relaciones de pareja, rupturas, nuevos encuentros; se establecen formas de vida en diversos tipos de familia, con un hombre, con una mujer, con o sin hijos/as, sola, o en una comunidad religiosa o de amigas/os.

Aparecen múltiples maneras de vivir la sexualidad y también la espiritualidad. El poder erótico se va expresando en diferentes áreas de la vida, relaciones y quehaceres. Para algunas, la vivencia de la sexualidad se abre a experiencias místicas; para otras, la castidad aparece como una manera de vivir el amor de una manera más amplia, más libre, sin negar el cuerpo y las relaciones. Otras encuentran en el baile una manera de acercarse a lo sagrado y de expresar el misterio, estableciendo un vínculo entre el cuerpo y la oración, recogiendo y recreando tradiciones antiguas. Surge también el reencuentro con las propias raíces, la necesidad de integración y el deseo de que la vida cotidiana, la espiritualidad, las prácticas políticas, comunitarias y teológicas, sean porosas a las diferencias.

Escuchamos, esta vez, testimonios de mujeres que han “tomado las riendas de sus vidas”, han escuchado sus cuerpos y sus necesidades, mujeres que han puesto límites y tomado decisiones, mujeres que solas o junto a otras, buscan afirmar sus derechos, revisar sus relaciones, resistir y re-crear, realizar sus sueños y explorar las posibilidades de esta vuelta de la vida, entre-lazando ciclos.

Colectivo Editorial



MI MADRE, * YO MISMA....

** Hemos tomado el nombre del libro de Nancy Friday (Mi madre, yo misma. La relación madre hija. Barcelona: Argos-Vergara, 1983) para reunir una serie de textos, tanto de ella como de otras autoras, que nos confrontan, desde distintas miradas, con esta imagen-rol-figura-relación central en nuestra experiencia de mujeres adultas.*

AMOR DE MADRE: ¿ABISMO SIN MEDIDA?

Nancy Friday

Se nos ha educado en la creencia de que el amor de la madre es diferente a otras clases de amor. No se halla expuesto al error, a la duda, ni a la ambivalencia de los afectos ordinarios. Esto, claro, no es más que una ilusión. Las madres pueden amar a sus hijos, pero en ocasiones no gustan de ellos. La misma mujer que quizá se tiraría debajo de las ruedas de un camión con tal de que éste no aplastara a su hijo, lamenta a menudo el sacrificio que, día a día, la criatura, sin saberlo, le impone, afectando a su tiempo, a su sexualidad, a su propia realización personal.

Con nuestra percepción de la falta de autenticidad de nuestra madre—con su propia ansiedad, su carencia de fe en las super-idealizadas nociones de feminidad/maternidad que intenta enseñarnos—nacen las inquietudes sobre nuestra sexualidad personal.

Claudia Román

Es el comienzo de la duda en cuanto a nuestra realización como personas con identidad propia, separada de ella, establecida en nosotras como mujeres antes de ser madres. Nos esforzamos por la autonomía, nos esforzamos por la sexualidad, pero los inconscientes y más profundos sentimientos que hemos obtenido de ella no descansarán: solamente nos sentiremos en paz, seguras de nosotras mismas, cuando hayamos cumplido con el glorificado “instinto” para el cual hemos sido educadas, a través de la imagen de su vida, repitiendo: “Tú no serás una mujer completa hasta que seas madre”.

La ideología del instinto maternal nos dice que todas hemos nacido madres, que una vez que seamos madres querramos a nuestras hijas de una manera automática y natural, y que siempre haremos lo que más les convenga. Si tú crees en el instinto maternal y fallas en el amor maternal, has fracasado como mujer. Esta es una idea dominante, que nos sujeta como con garra de hierro.

Dese a ello el nombre de “instinto” o no, lo cierto es que la mayor parte de las mujeres abriga la ilusión de tener hijos y hacen lo posible por tenerlos. Para tal mayoría, el problema empieza no con el hecho de ser madres, sino con las propuestas emocionales contenidas en la noción del instinto maternal, con la idea de que ser una buena madre es algo tan natural y común entre

los humanos como entre las lobas con respecto a sus cachorros. Pero no nos hallamos ante ningún imperativo biológico, que en caso de frustración pudiera arruinar o empobrecer la vida de una mujer. El amor maternal puede haber sido un instinto en los humanos, pero la civilización nos ha librado de él. Dudo de que haya mujeres que desde el nacimiento sean más “maternales” que otras. No me sorprendería que los hombres nacieran con la misma capacidad que las mujeres con respecto al cuidado y alimentación de los niños, dejando a un lado las evidentes diferencias biológicas.

Esta es la tiranía de la noción del instinto maternal. Con ella se idealiza la maternidad más allá de la capacidad humana. Se abre un peligroso vacío. La madre *siente* una mezcla de amor y resentimiento, de afecto e irritación ante el hijo, pero no puede permitirse *saberlo*.

Ella ha leído todas las poesías que se publican en las revistas y espera sentirse “instantáneamente maternal”, y cree que le ocurre algo anormal si no corresponde a la primera visión de su pequeño, al estilo de las mujeres que

ilustran los libros. ¿Quizá es que no merece ser madre? ¿Cómo puede explicarse ella una emoción negativa, fugaz incluso? La sociedad en cuyo seno vive no le permitirá exteriorizar esto. En consecuencia, hay una buena dosis de mentiras que surgen subconscientemente cuando uno pregunta a una nueva madre acerca de sus

el problema empieza no con el hecho de ser madres, sino con las propuestas emocionales contenidas en la noción del instinto maternal, con la idea de que ser una buena madre es algo tan natural y común entre los humanos como entre las lobas con respecto a sus cachorros

sentimientos de realización personal.

Somos el sexo amoroso: todo el mundo cuenta con nosotras para procurarse bienestar, calor, nutrición. Impedimos que el mundo se desbarate, lo mantenemos unido con la constante disponibilidad de nuestro amor, cuando los hombres, impulsados por sus ansias de poder, se empeñan en desintegrarlo. Solas, nos sentimos incompletas, sin el hombre nos consideramos inadaptadas. Somos devaluadas fuera del matrimonio; nos mantenemos a la defensiva sin hijos. He-



buscó nuestra intimidad. En definitiva ignoro qué ama y qué rechaza en mí. Esta madre mía que nunca me puede dar su total aprobación me ata a ella para siempre. Nunca logro renunciar a la infantil creencia de que si me porto bien, como ella quiere, me admirará de ese modo total y absoluto que siempre deseo. Sé que existe un pacto: si no me aparto de ella ni del sistema de ideas que encarna me amaré y aceptará para siempre. El trato es seductor, su reconocimiento, nuestra intimidad, es lo que más me importa.

Voy comprendiendo, dolorosamente, que ese pacto contiene algo más que amor. Hay control, posesión, manipulación. Mi madre me recompensa con una dulce simbiosis... siempre y cuando yo frene mis búsquedas, mis cuestionamientos, mis críticas. Esto me mantiene en un estado de constante culpa y ansiedad, no me da la seguridad y la alegría que tanto anhelo. Por momentos me arrastra hacia tristezas confusas y misteriosas sombras.

Aprendo a leerle señales faciales, tonos altos y bajos de la voz, tensiones de su cuerpo impregnado de rigideces. Nunca logro su total reconocimiento y aceptación. Creo que mi madre hubiese preferido una hija más convencional, o bien otro hijo varón.

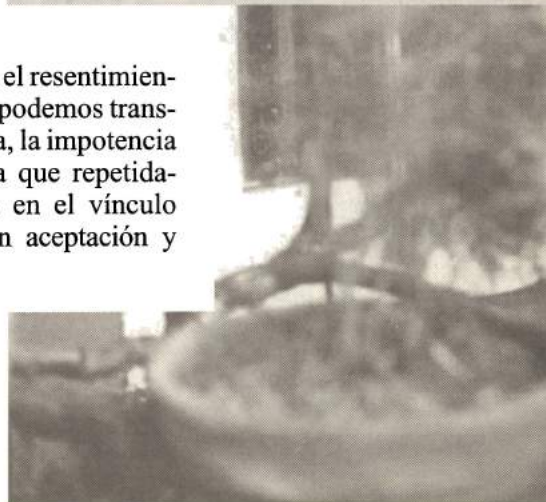
Reconozco en mí una niña que necesita alimento, ternura y anhela un poder femenino

ejercido en su defensa. Estoy aprendiendo a no avergonzarme de esa niña. Desde esa voz o desde ese grito infantil, creo, crece el germen de mi propio deseo de ayudar a crear un mundo de madres e hijas fuertes y valientes.

Esa niña que hay en nosotras muchas veces se siente huérfana de madre. Cuando dejamos de enfrentarnos antagónicamente con esa hija sin refugio, o con esa madre que capituló, y aprendemos a transformar nuestra orfandad en sostén, el resentimiento en lucidez, podemos transformar la rabia, la impotencia y la amargura que repetidamente surgen en el vínculo madre-hija, en aceptación y perdón. ❖



La madrephobia existe: muchas hijas tienen o han tenido miedo a su madre, a la experiencia de la maternidad o bien a parecerse por identificación a la propia madre. Muchas hijas sentimos que nuestras madres nos han dado un ejemplo de falta de compromiso auténtico consigo mismas. Mujeres que fueron ejemplo de autodesprecio y descuido. Sin embargo, estamos luchando por conquistar nuestra libertad y nuestro desarrollo como mujeres a través de esas mismas madres, transmisoras forzosas de una ideología degradatoria. A través de ellas, de nuestras hijas y de nuestras futuras nietas, nos transformamos en mujeres capaces de gozar y agradecer la inevitabilidad y la grandeza de amor materno.

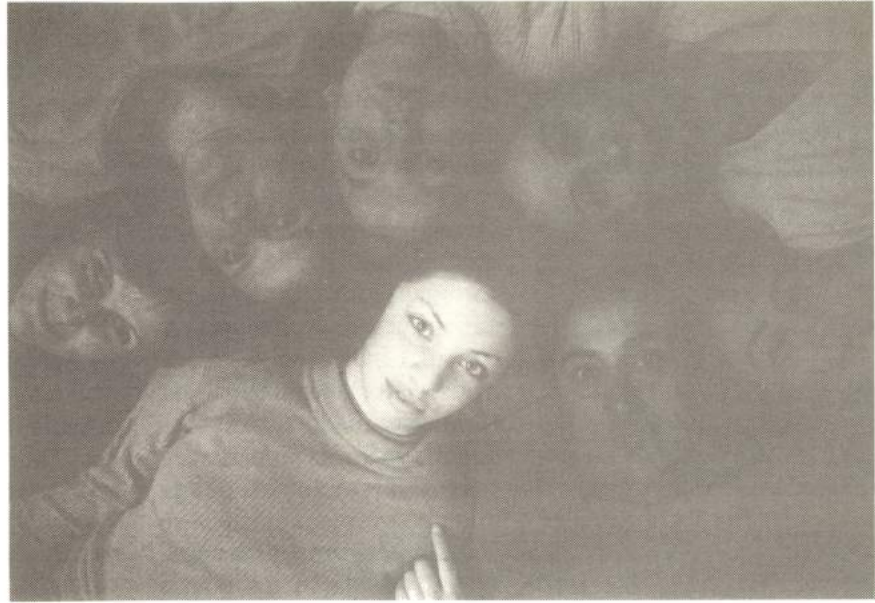


QUIERO HACER TEOLOGIA EN SOLIDARIDAD CON MI MADRE

Chung Hyun Kyung *

Hacer teología es un actividad personal y política. Discerniendo la presencia y acción de Dios entre nosotras/os quiero empoderar tanto mi proceso personal de liberación

* Chung Hyun Kyung es teóloga feminista coreana y profesora de teología en el Union Theological Seminary de Nueva York. Este texto está tomado del libro *Struggle to be the sun again*, Orbis Books, Maryknoll, Nueva York 1990. Traducido por Imogen Mark.



como el de mi comunidad. Nuestras historias personales de sufrimiento y alegría, de lucha y liberación, son siempre parte de nuestros contextos político-sociales y cultural-religiosos. La teología, entonces, es un discurso al mismo tiempo íntimo y público.

Los dos eventos más significativos que han dado forma a mi perspectiva teológica son mi encuentro con el movimiento estudiantil coreano, y el descubrimiento de mi madre biológica—

la mujer que me dio a luz. Estos dos elementos de mi historia personal se fusionaron y me dieron las fuer-

zas para escuchar los gritos de mi pueblo y de mi ser más profundo.

Nos hicimos maestras/os en hermenéutica de la sospecha

El movimiento estudiantil coreano me abrió los ojos a la realidad “tercermundista”. A través del movimiento, por primera vez

en mi vida, me sentí orgullosa de ser miembro de una familia de escasos recursos. Antes de entrar a la

universidad y encontrarme con el movimiento siempre sentí vergüenza por la pobreza de mi familia y también por

nuestras historias personales de sufrimiento y alegría, de lucha y liberación, son siempre parte de nuestros contextos político-sociales y cultural-religiosos. La teología, entonces, es un discurso al mismo tiempo íntimo y público



mi conciencia "tercermundista" me llevó a cuestionar el impacto del colonialismo y el neocolonialismo en la teología. Durante toda mi educación formal en teología en Corea, me enseñaron las teologías europeas de los siglos diecinueve y veinte. Pero no me enseñaron nada del pueblo coreano y sus reflexiones teológicas sobre la historia y cultura de Corea



cómo me veía a mí misma. Era flacuchenta, morena, de nariz achatada, de cara redonda. Sentía que no era bonita, por la manera en que la gente me miraba.

Desde los diez años, cuando el negocio de mi padre quebró y él perdió toda su fortuna, todos mis esfuerzos se dirigieron a un objetivo: salir del barrio pobre donde vivía. Extrañaba mi barrio anterior de ricos, donde disfrutaba de lo mejor del mundo material. Durante toda mi

adolescencia fui una niña rara, que no quería indentificarse con la gente pobre de su alrededor. Estudié muchísimo para poder salir de ahí y volver al lugar de mi nacimiento y niñez. Gracias a una gran fuerza de voluntad logré entrar al colegio secundario más prestigioso de Corea, que servía de trampolín para alcanzar las esferas más altas de la sociedad coreana. Aunque todas las estudiantes usábamos uniformes, al ver nuestras colaciones se notaban inmediatamente las diferencias de clase. Yo sufría siempre a la hora del almuerzo. No entendía por qué muchos comían, todos los días, jamón americano, queso, y alimentos importados. No entendía la brecha económica tan gran-

de que existía entre nosotros. Creía que tenían la suerte de ser de familias ricas, y yo tenía la mala suerte de tener padres pobres. Dudé de la justicia de Dios. No entendía como Dios podía dar tanta riqueza a alguna gente y no a mi familia y otros como nosotros. Fue una adolescencia larga y solitaria.

Con muchas preguntas sin responder y con una rabia reprimida, ni siquiera nombrada, fui a la universidad, y encontré al movimiento estudiantil. Para mí, fue una experiencia de salvación. Fuera de la universidad, en grupos pequeños de estudio, aprendí sobre la naturaleza del colonialismo y del neo-colonialismo, las causas del sufrimiento crónico de nuestro pueblo. Empecé a entender que la pobreza a mi alrededor no era por mala suerte o flojera si no por las relaciones desiguales de poder entre la gente, las instituciones y las naciones.

Me sentí contenta de que mi país no hiciera sufrir a otros pueblos, como lo hacían muchos de los países del Atlántico Norte, que explotaban a los países del Sur. Me sentí orgullosa de ser una voz del "Tercer Mundo" que intentaba descubrir y dismantelar los males del colonialismo. Muchos de nosotros/as, influidos/as por el movimiento estudiantil nos dimos cuenta de que nuestra comprensión de nuestro pueblo, nuestra historia, nuestra cultura, y hasta nuestros patrones de belleza, se en-

contraban distorsionados por el poder colonial de Japón y la manipulación neo-colonial de Estados Unidos. Cuestionamos todo acerca del papel de la educación institucionalizada, los medios de comunicación, el gobierno, los militares, las leyes y los modos de producción en nuestro país. Cuanto más estudiábamos y sentíamos la realidad tercermundista de nuestro país, más entendíamos cuán profundo era el lavado de cerebro que nos había hecho el imperialismo político y cultural de los países del Primer Mundo. Cuestionamos radicalmente la estructura de poder que nos envolvía. Sabíamos que “las herramientas del amo no desarmarán nunca la casa del amo”.

Nos hicimos maestras/os en hermenéutica de la sospecha. No creíamos lo que decían las autoridades en distintas partes del mundo, más bien nos pusimos a averiguar cómo se relacionaban con el poder, para así entender quiénes eran los beneficiarios de lo que hacían y decían.

Mi conciencia “tercermundista” me llevó a cuestionar el impacto del colonialismo y el neocolonialismo en la teología. Durante toda mi educación formal en teología en Corea, me enseñaron las teologías europeas de Schleiermacher, Barth, Tillich, Bultmann, Moltmann y Pannenberg, los así llamados ‘teólogos gigantes’ de los siglos diecinueve y veinte. Pero no me enseñaron

nada del pueblo coreano y sus reflexiones teológicas sobre la historia y cultura de Corea. Mi aprendizaje en la universidad no me ayudó a descubrir la actividad de Dios en la lucha diaria de mi pueblo en Corea. Fue el movimiento estudiantil el que me permitió ver la ideología falsa incrustada en mi educación formal de teología. Enfoqué mi trabajo teológico en la deconstrucción de cada aspecto del imperialismo teológico. Decidí no perder mi vida en resolver los rompecabezas teológicos de la gente que causaba nuestro sufrimiento; quería usar mi energía en desenmascarar su imperialismo teológico y en estudiar la historia y cultura de los pueblos asiáticos, mientras escuchaba la voz más profunda de mi pueblo en su lucha para sobrevivir y ser libre.

Hoy día, sin embargo, cuando reflexiono sobre mi búsqueda teológica, debo confesar que pasé la mayor parte de mis estudios teológicos reaccionando en contra de las teologías europeas y norteamericanas, intentando nombrar las ramificaciones coloniales y neo-coloniales de sus discursos. Apenas encontré tiempo y energía para crear mi propia teología en los ambientes universitarios de los blancos. Con claridad supe que la reacción contra un sistema opresivo no necesariamente me llevaría a construir una realidad liberadora. Por un camino duro aprendí que te-

nía que conectarme con el poder y la historia de mí misma y de mi pueblo para poder encontrar y construir una realidad nueva, liberadora.

¿Para quién has hecho tu teología?

El evento decisivo que cambió el rumbo de mi teología, desde la deconstrucción a la reconstrucción, fue el descubrimiento de la mujer que me dio a luz. Era la versión coreana de la madre substituta. Cuando vine a Corea, en el verano de 1987, en un proyecto de investigación académica, por primera vez supe de la existencia de mi madre biológica. Siempre creí que los padres que me criaron eran también mis padres de nacimiento. En mi familia, nadie me había hablado de ella. Como mi padre tenía poder sobre todos los documentos públicos relacionados con mi nacimiento, mi madre biológica se transformó en una mujer sin nombre, que fue borrada totalmente de la vida pública y privada de mi familia. Incluso cuando fallecieron mis padres no me la nombraron ni en sus palabras finales.

Fue una prima quien revivió a mi madre biológica en mi vida personal. Mi prima conocía el secreto tan bien guardado de mi nacimiento. Ella vivía en ese momento con mis padres, trabajando en la casa para tener techo y comida. Su padre era un pesca-

dor muy pobre de una isla pequeña en la provincia de Chunla en Corea, y mandó a su pequeña hija a vivir con su hermano rico en la ciudad. En esta época mi padre tenía cierto poder político y económico en la

ciudad. Quería un hijo, pero su mujer no podía concebir. Después de esperar veinticinco años, mi padre resolvió encontrar una mujer que pudiera darle un hijo.

La mujer que me dio a luz era una madre soltera y pobre que vivía con su único hijo varón en la misma ciudad de mi padre, en Kwang Ju. Perdió a su amante en la colonización de Corea por Japón. Mi nacimiento le dio una enorme alegría, pero también una pena enorme. Debía darme a mi padre y la mujer que iba a ser mi nueva madre. Me la quitaron el día de mi primer cumpleaños. Mi madre no quería entregarme, pero sabía que no podía luchar contra mi padre y mi nueva madre. Eran gente poderosa, mientras que ella no tenía nada. Mi madre biológica lloraba en la estación de tren cuando me llevaron, en un día lluvioso de primavera. Muy luego se enfermó psicológicamente por el sentimiento tan fuerte de pérdida. Su único hijo, un joven adolescente, no aguantó el sufrimiento de su madre, y se suicidó.

el encuentro con esta mujer, mi madre biológica, me abrió otra dimensión de conciencia teológica. Varias de mis dudas teológicas teóricas se resolvieron a través de esta experiencia

La ley de Confucio es muy influyente en la sociedad coreana, así es que las mujeres que tienen hijos ilegítimos son castigadas por la sociedad con la exclu-

sión social. No las protege ni la ley, ni las costumbres, ni la comunidad: se las trata como parias. El mensaje social es que tienen que sentir vergüenza. El castigo de la exclusión las afecta no sólo a ellas sino también a sus hijos. Mi madre biológica quería protegerme del aislamiento social. Me puso en la categoría de un hijo 'normal', 'legítimo', pero a costa de borrar su propia existencia, haciendo como que yo nunca hubiera nacido de su cuerpo. En ella, en mi madre biológica, veo a tanta gente sin nombre, crucificada.

La primera vez que me encontré con mi madre biológica y escuché las historias de su duro camino de vida, sentí que se rompió algo en mi ser más profundo. Fue como una experiencia de bautismo, algo se purificó, y me sentí libre de verdad. A través de esta mujer, enferma, vieja, de 72 años, mi madre, a través de ella, sentí que encontraba el poder de los humillados en la historia de mi pueblo. Entonces, me dije a mí misma: "Hyun Kyung, estudiaste teología durante once años. ¿Para

quién has hecho tu teología? ¿Por qué quisiste hacer teología? Siempre creíste que tus estudios eran para empoderar a la gente oprimida de tu país. Pero, enfrentalo, ¿realmente escuchaste, prestaste atención a la cultura y la historia de los pobres en el desarrollo de tu teología? ¿Has estado dispuesta a aprender de ellos? ¿Con quién has pasado la mayoría de tu tiempo para formular tu teología? ¿Con los pobres o con los intelectuales en las aulas? Has intentado siempre, de manera consciente o inconsciente, probar tu inteligencia frente a los grupos de la teología dominante, utilizando el lenguaje de estos mismos grupos".

Sentí vergüenza de mí misma, de mis deseos ocultos de superar a los teólogos dominantes de Europa y América del Norte. Desde adentro sentí un espíritu poderoso que me apartó de mi deseo de hacer teología como los europeos, y me llevó a los brazos abiertos de mi madre, donde podía descansar segura en su regazo. No había vuelta atrás. Me sentí fuertemente impulsada a cruzar y después volar el puente llamado 'educación teológica superior', que me separaba de "ellos". Entonces mire a mi madre. Ella, llorando, me parecía un icono de Dios, a través del cual yo veía claramente lo que Dios me decía de mi misión.

El encuentro con esta mujer, mi madre biológica, me abrió otra dimensión de con-

ciencia teológica. Varias de mis dudas teológicas teóricas se resolvieron a través de esta experiencia. El encuentro con mi madre me ayudó a identificar mis preocupaciones teológicas, particularmente en relación a las normas y las fuentes de la teología de las mujeres del “Tercer Mundo”. Mientras escuché la historia de su vida, su lucha sólo para sobrevivir, nada más, en este mundo hostil, me enojé con “la cultura del silencio” en la cual vivía. La gente a su alrededor la hacía callar de todos los modos posibles. Desprovista de cualquier apoyo para realizarse como una persona productiva y pública, solamente haciéndose invisible podía sobrevivir sin ser mutilada. Sin embargo, “el silencio nunca la protegió”. Se rompió su corazón. Tuvo que vivir en la pobreza, y durante un tiempo sufrió una enfermedad mental.

Durante los once años de mis estudios teológicos, he escrito innumerables ensayos teológicos y documentos para la gente de mucha educación, mis profesores. El estilo y el contenido de mis discursos y mis escritos son de tal forma que serían incomprensible para la gente como mi madre. Cuanto más me hice una teóloga “buena”, “profesional”, como lo definen los cánones de la escolaridad europea y norteamericana, más distancia tomé de mí(s) madre(s) y la gente como ella. Ahora tengo claro que no quiero escri-

bir más una así llamada “teología comprensiva”, en búsqueda de las preguntas de unos europeos privilegiados. Quiero hacer teología en solidaridad con mi madre, por el amor de mi madre, para revivir a la gente crucificada, como ella, dándole una voz a sus dolores y a sus heridas, a las mujeres asiáticas en particular, quienes están “al reverso del reverso de la historia”, en un mundo dominado por blancos, capitalistas, hombres.

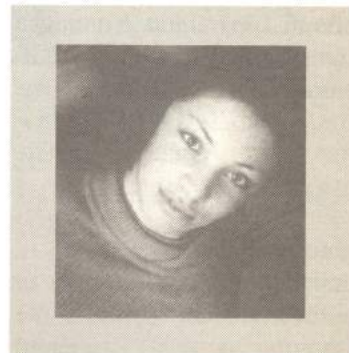
Elegir a las mujeres menospreciadas de Asia como el contexto primario de mi teología significa elegir hacer una teología que rinde cuenta a sus experiencias. Los lenguajes, los paradigmas y preguntas de la teología que vienen de las experiencias de vida de varones intelectuales y occidentales, los cerebros de la hegemonía cultural que han reducido a las mujeres pobres de Asia al status de ‘no-personas’, no pueden servir como fuente para una teología de mujeres asiáticas. De ellas mismas tienen que venir los recursos para una teología de liberación para las mujeres asiáticas. Cuando las mujeres asiáticas empezamos a tomar nuestras experiencias concretas de vida como la fuente más significativa para construir, para nosotras, estructu-

ras de significado religiosa, sólo en ese momento seremos libre de toda autoridad religiosa impuesta desde afuera.

Las mujeres asiáticas debemos confiar en nuestros propios sentimientos y juicios, utilizándolos para desafiar las normas establecidas que definen el bien y el mal. Nuestras experiencias concretas, históricas, cotidianas tienen que ser la prueba final de nuestra teología. Una enseñanza o una práctica religiosa que provee un poder de vida a las mujeres asiáticas para sustentar y liberar nuestras vidas es una “buena noticia”, un evangelio, para nosotras. Pero si la práctica o la enseñanza nos hace morir, entonces es “mala noticia”. Nosotras, las comunidades de resistencia y lucha

de las mujeres asiáticas debemos definir el sentido de nuestra liberación e integridad.❖

elegir a las mujeres menospreciadas de Asia como el contexto primario de mi teología significa elegir hacer una teología que rinde cuenta a sus experiencias



EL DESEO DE POLITICA:

tras la figura de la madre simbólica

Ida Dominijanni*



la relación de la niña con la madre, esta intrincada vivencia de amor-odio, deseo-agresividad, actúa en el modo de estar en el feminismo o en el rechazo de muchas a formar parte de él

El deseo de política aparece tanto si se habla de derecho como de sexualidad, de prácticas o de instituciones, de relaciones en las que damos autoridad a otra mujer, o de autoridad en general—y es un núcleo originario: está en el origen del feminismo de la diferencia, define su distancia del feminismo de la emancipación y de los derechos.

Según se van haciendo visibles, en los grupos de autoconciencia, los aspectos de la vivencia femenina que frenan el camino del deseo—secuestro

masculino de la sexualidad, dificultad de expresión, desorden en las relaciones con la otra—la práctica psicoanalítica sugiere instrumentos muy valiosos para “descongelar” el cuerpo y la palabra, construir la relación entre

mujeres, mirarle la cara al fantasma de la madre. De la forma dispar por excelencia

* Ida Dominijanni es integrante del Colectivo de Milán. El presente texto es un extracto de su artículo “El deseo de Política”.

de la relación analítica llega luz para aceptar y para poner en práctica esa disparidad que “es fatal encontrar” en cualquier grupo o relación humana, que la política masculina ordena desde siempre en roles y jerarquías, y que en los grupos del primer feminismo, habitados por la utopía idealista del igualitarismo, no se supo cómo elaborar y canalizar. En cuanto al fantasma materno, la autoconciencia puso muy pronto en evidencia que el grupo de mujeres reactiva inmediatamente, y de manera análoga a la transferencia analítica, la relación de la niña con la madre, y que esta intrincada vivencia de amor-odio, deseo-agresividad, actúa en el modo de estar en el feminismo o en el rechazo de muchas a formar parte de él.

Estamos, como siempre en el mejor pensamiento de la diferencia sexual, en el núcleo de las cuestiones de la modernidad tardía y, en particular, en una cuestión: la del estatuto de la política después de la irrupción en la escena del siglo XX del sujeto encarnado, que con un solo gesto duplica al individuo en hombre y mujer, complica su racionalidad con el deseo y con el inconsciente, desplaza su corporeidad de los límites de lo biológico a la interfaz de lo simbólico.

No se ve todavía en el horizonte una reflexión masculina sobre cómo la política de fin del siglo resiente su frustrada interiorización de la revolución de principios de

siglo sobre el estatuto del sujeto; pero no es casualidad que parta de aquí el feminismo de la diferencia, y que aquí encaje su crítica de la política.

Figuras

La mujer muda, la histérica, la madre simbólica: estas son las figuras claves. Figuras originarias, que encarnan los síntomas de una condición femenina irreductible a la racionalidad política clásica de los paradigmas de la emancipación y de la liberación. Lía Cigarini lo dice así en uno de sus escritos: “El retorno de lo reprimido amenaza todos mis proyectos de trabajo, de investigación, de política. ¿Amenaza... o es eso lo realmente político de mí, a lo que dar alivio, espacio? El mutismo hacía fracasar, negaba esa parte de mí que deseaba hacer política, pero afirmaba algo nuevo. Hubo un cambio, tomé la palabra, pero estos días he entendido que la parte afirmativa de mí estaba ocupando otra vez todo el espacio. He llegado al convencimiento de que la mujer muda es la objeción más fecunda en nuestra política. Lo “no político” excava túneles que no debemos rellenar de tierra”.

La política de las mujeres no teme los vacíos y los cruza: es en el vacío donde nace lo imprevisto y la carencia puede volverse recurso. Efectivamente, cuando “la objeción de la mujer muda” logra

hacerse oír, queda expresada “la carencia que no es culpa de nadie sino deseo de algo”, dando voz a “esa parte de cada mujer que no acepta ser descrita, ilustrada, definida por nadie” y que, en particular, no se deja representar en la condición, carente por definición, de la oprimida. La figura de la mujer muda abre así la puerta a una subjetividad descargada de la dialéctica amo-esclavo, y a una política ya no movida por el victimismo reactivo sino por el deseo activo, desarmando el paradigma de la opresión con sus corolarios de representación femenina en

nos encontramos en la contradicción de saber que es necesaria la potencia materna para actuar y pensar libremente en el mundo, pero que, por otra parte, muchas mujeres la sienten como opresiva y aplastante

régimen de miseria y de representación política en régimen de tutela. (cf. Librería de mujeres de Milán, *No creas tener derecho*, Madrid: Horas y horas, 1991. 117 ss).

La profecía de la histérica

La afasia de la mujer muda es síntoma histérico clásico. De la crítica “de la economía histérica” (y de su interpre-

tación psicoanalítica tradicional) elaborada por el movimiento de mujeres, habla ampliamente un escrito viejo pero muy actual de Luisa Muraro y Zulma Paggi, indicando por qué vías la figura de la histérica asume una importancia inaugural en el feminismo. Por un lado, anuncia la tendencia de las mujeres a entregarse con generosidad desmesurada al apoyo de grandes causas legítimas y legitimadoras (maternidad y maternaje social), en detrimento de sus propios deseos: es la actitud en la que el rasgo histérico femenino se

abre una concepción de la autoridad femenina como figura dinámica del intercambio, no como figura estática de la obediencia o de la admiración, y aún menos de la dependencia

manifiesta “normalmente” en el hacer social. Por otro lado, relacionado con éste, la histérica anuncia la necesidad de la mediación femenina. Histérica es, efectivamente, como dice la etimología, la posición—frecuentísima—de la mujer que se queda tan apegada al útero materno que busca, en la vida adulta, solamente sus simulacros y réplicas decepcionantes o, al contrario, ocasiones continuas de rebelión contra este apego.

Por ser tal la importancia emblemática de esta figura, se entiende que le corresponda una tarea crucial para la estrategia de la libertad femenina. En el origen, indica la histérica, hay una dependencia de la madre, no reconocida y no elaborada; una deuda abierta, una contratación fallida, una mediación que no se dio, que hace fracasar la relación primaria y se repite en las relaciones sociales subsiguientes. Y aquí se abre la segunda puerta, en la secuencia decisiva de la práctica de la diferencia:

gratitud para con la madre real, construcción de la madre simbólica como figura de la relación de intercambio, vía de acceso a la autoridad femenina.

Hacia una concepción de la autoridad femenina

Al puerto de la madre simbólica y de la autoridad femenina se llega a partir de una necesidad y atravesando una contradicción. La necesidad es de carácter definitivo, ya que pone en juego la opción entre el contacto con la realidad o el delirio, y crece en esas mujeres—nosotras, las “feministas históricas” en persona—que han rechazado las únicas perspectivas que se ofrece a las mujeres en las sociedades tardopatriarcales: o el destino biológico tradi-

cional o la homologación progresiva con los modelos masculinos (o las dos cosas juntas, hablando de desmesurada entrega femenina). Fuera de esta alternativa—la madre simbólica como forma de la autoridad femenina—se ha escrito en *No creas tener derechos*, “una mujer no se vuelve libre sino superflua” y, añade Lia en su artículo en *Madrigale*, se arriesga a una normalidad delirante; “sin mediaciones dadas, corremos el riesgo de perder todo contacto con la realidad” (p. 134). Una vez rechazadas las “mediaciones dadas”—destino de esposa y madre, mimesis masculina—se vuelve, pues, indispensable inventar otras, fuera de la economía patriarcal: “entre mí y el mundo otra mujer, entre mí y otra mujer el mundo”.

Pero aquí se introduce la contradicción. Porque detrás de las otras mujeres, para cada mujer está la madre, y la experiencia de la relación con la madre puede ser experiencia de una mediación fallida, generadora no de libertad sino de frustración y de subalternidad en la ley del padre: la madre es el origen del entremujeres, pero es también el fantasma recurrente de su fracaso en potencia. Escribe Lia: “De hecho nos encontramos en la contradicción de saber que es necesaria la potencia materna para actuar y pensar libremente en el mundo, pero que, por otra parte, muchas mujeres la

sienten como opresiva y aplastante. Otras quieren configurar simbólicamente la mediación sexual pero piden un nombre que no sea madre, porque la madre real oprime a la hija y, por tanto, ese nombre no va bien" (p. 132).

El nombre nuevo será entonces *madre simbólica* y, como todos los nombres nuevos, marcará un desplazamiento en el lenguaje y en las cosas. Solo que este desplazamiento no es inmune a la regresión, que está siempre al acecho en la tentación de volver a darle cuerpo a la madre simbólica buscándose una mujer en la cual personificarla. Aclara Lia: "Yo creo que ha habido confusión sobre este punto. He oído decir muchas veces: esa es mi madre simbólica. Y me costaba trabajo hacer entender que no hay entre nosotras madres simbólicas de carne y hueso, porque la figura de la madre es propia del orden simbólico, no de una realidad de hecho (p. 136).

La madre simbólica funda, pues, la genealogía femenina, instituye el movimiento de la disparidad y de la mediación entre mujeres, pero no se encarna en ninguna mujer. Este es un punto crucial porque abre una concepción de la autoridad femenina como figura

dinámica del intercambio, no como figura estática de la obediencia o de la admiración, y aún menos de la dependencia. Precisamente como figura simbólica y no encarnada, la autoridad femenina es "un bien común" al cual "todas pueden acceder para realizar libremente en el mundo sus deseos" (p. 135). No sirve, pues, para poner en marcha relaciones jerárquicas de poder ni

más lo que escasea entre mujeres. No faltan ni afectos ni rencores, amores y envidias, promesas indestructibles y chantajes cruzados, ni el trabajo perenne de la autoconciencia sobre los buenos y los malos sentimientos. Falta el intercambio material, mensurable, donde se verifica qué es lo que la relación pone en juego, con qué fines y con qué resultados, y si consigue li-



relaciones afectivas de captación, sino relaciones sociales de contratación entre mujeres, entrelazadas reconociendo la una el más de la otra: y ahora de una, ahora de otra, según la estructura móvil de los deseos plurales, no la fija de la autoridad personificada e idealizada (pp. 136, 160-161).

Relaciones de intercambio, de contratación: es esto y nada

berar el deseo femenino y darle curso, o si, por el contrario, se va a pique, retrocediendo de práctica social a promesa privada. ❖



TODAS SE LLAMABAN AMAZONAS...

Todas se llamaban amazonas en el jardín terrestre, en la edad de oro, y las madres y las hijas no eran distintas las unas de las otras. Vivían en armonía y compartían sus placeres. Se contaban sus gestas y hazañas. Se comunicaban los lugares tranquilos y hermosos del jardín terrestre e iban a verlos. Cazaban juntas. Recogían juntas los frutos de los árboles y erraban juntas. No había límites para sus aventuras y la edad carecía de sentido. Todas se concebían como amazonas.

Con los primeros establecimientos en las ciudades las cosas continuaron igual. Las amazonas vivían más tiempo lejos de las ciudades que en su interior. Las presas cazadas o los frutos recogidos como alimento eran preparados en el campo y se realizaba una fiesta donde todas participaban. Sucedió muchas veces que la ciudad quedaba completamente desierta y vacía durante varios días.

Después llegó una época en que cierto número de hijas y de madres dejaron de complacerse vagando por el jardín terrestre. Permanecían en las ciudades mirando cómo engordaban sus vientres. Esta ocupación –dijeron– les proporcionaba grandes satisfacciones. Las cosas fueron tan lejos en este aspecto que rechazaron ocuparse de otra cosa. Sus amigas les pedían en vano que las acompañaran en sus viajes: siempre tenían un nuevo vientre para mirar crecer. Fue así que adquirieron el nombre de madres. Y, entonces, se inventaron epítetos convenientes para esta función, “madre-la-plena, madre-aquella-que-engendra”. Así apareció la primera generación de madres estáticas, que se nega-

ron a abandonar las ciudades. Llamaron a las otras, hijas eternas, inmaduras, amazonas.

No las recibían amablemente cuando volvían de sus viajes, no escuchaban sus relatos de descubrimientos o de exploración. La alegría de la caza, de la recolección de frutos y de vagabundeo había desaparecido.

En aquellos tiempos, las madres no tenían inconveniente en llamarse amazonas. Madre era una palabra que las errantes conocían, aunque no la habían empleado casi nunca. En cuanto a la palabra mujer, que pretendía abarcar todo el concepto de su raza y designaba al mismo tiempo a aquellas que no habían parido, a aquellas que parían y a aquellas que parirían, era un término extremadamente raro para las amazonas, tanto como su contexto.

Cuando la palabra empezó a ser empleada en el contexto de su función de madres, las madres se llamaban mujeres, simplemente. Pero cuando lo aplicaron a aquellas que llamaban las hijas eternas y que no pretendían limitarse a una función única, en ese caso las apodaron mujeres-guerreras, mujeres-cazadoras, mujeres-errantes, mujeres-amantes. Las amazonas se negaron a establecer esas distinciones y categorías. Rechazaron por completo las palabras mujer y madre. Sabían bien que eran guerreras, amantes, errantes, cazadoras, todo, y se complacían en ello. Las madres y las amazonas comenzaron a vivir separadas.

Fuente:

M. Wittig y S. Zeig, *Borrador para un diccionario de las amantes*, Ed. Lumen, colección Palabra menor, 1976.



Terri Ruth Unger

BAILAR MI TEOLOGIA

Ye Yere Ife*

Recuerdo ese día como si fuera ayer. Yo estaba sentada en mi primera clase de postgrado, la mañana después de la celebración de mi cumpleaños número 45. Me sentía algo cansada después de conducir 300 km. desde San Diego, California, hasta Los Angeles, para empezar mis estudios de maestría en espiritualidad feminista en el Immaculate Heart College Center. Respiré hondo y me acomodé en mi nuevo ambiente. Por dentro respiraba agitada, sintiendo como si hubiera viajado durante varias vidas.

* Ye Yere Ife es teóloga ecofeminista del cuerpo. Este artículo es una parte de un texto inédito en proceso llamado "CuerpoPaz: ritos de resistencia, empoderamiento y solidaridad". Traducción: Imogen Mark

Nuestra instructora, Sarah Forth, empezó el curso con un video en el que Chung Hyun Kyung presenta su famosa letanía, "Ven Espíritu Santo, renueva toda la creación", en Canberra, Australia, en la Séptima Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias. Chung realiza allí un rito y una danza tradicional de Corea mezclados con sonidos y movimientos de la gente nativa de Australia. Fue como un hechizo. En ese momento el tiempo se detuvo. Supe desde el fondo de mi ser que tenía que bailar mi teología. Adiviné ahí mi futuro. Un año después conocí a Chung en un curso sobre

teología de las mujeres asiáticas, donde nos enseñó, entre muchas otras cosas, un t'ai chi feminista, sembrando, así,

en las sociedades patriarcales, hacer las paces con nuestros cuerpos es un acto político que produce poder personal y social

semillas para mi trabajo.

En la misma época mi camino espiritual me llevó a conocer gente que practicaba Yoruba/Lucumi, una religión afrocaribeña. El baile y el canto están integrados a su práctica religiosa. La comuni-

dad rinde homenaje a las deidades a través de bailes tradicionales. Los dioses y las diosas llegan bailando. Usar el cuerpo para rezar me pareció completamente natural. Otra vez, fué adivinado mi futuro.

Bailes sagrados

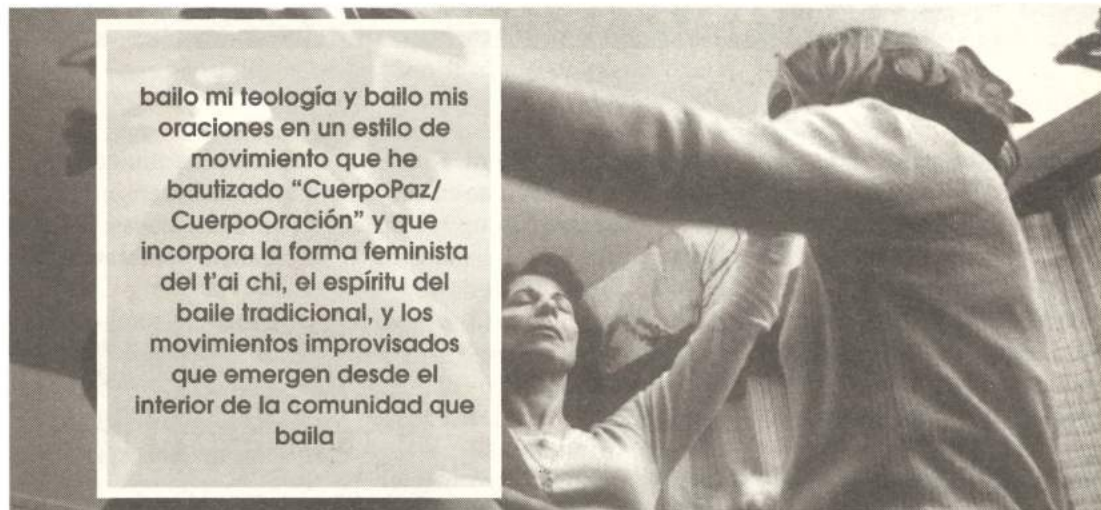
Mientras recordaba mi futuro, me acerqué a mi pasado. Grabadas en mis huesos, como las inscripciones ancestrales en las cavernas, hay historias de pérdidas, dolores, heridas y rupturas. Mi cuerpo contiene memorias personales y colectivas del abuso y la vio-

Dinah. Por alguna razón, se me hizo imperativa la necesidad de conectarme con su historia y con otras historias de violencia contra las mujeres, a través del movimiento de mi cuerpo. Bailé y bailé hasta que no me quedaron movimientos. Jadeando, sentí a Dinah y todas las Dinahs en mis huesos. Me sentí a mí misma.

Entretejidas con el dolor hay historias de celebración. Mi cuerpo recuerda el goce de hacer el amor, de parir, de bañarse en el río, amar a un padre agonizante, participar en marchas de protesta, ca-

esperanzas y nuestros sueños acerca del significado de la primavera. Lo llamé “El baile del jardín: un nuevo mito de la creación”.

El “Baile del jardín” sembró más semillas. Ese verano asistí al “Jardín Compartido” en Washington, EE.UU., y conocí a Judy Ress, quien habló con pasión sobre ecofeminismo, y a Josefina Hurtado, las dos del colectivo *Con-spirando*. El “jardín compartido” era una metáfora para una metodología participativa de hacer teología, trabajando desde nuestras vidas cotidianas y nuestros cuerpos. En una char-



lencia de sociedades misóginas que rechazan nuestra sacralidad. Mi cuerpo contiene también la protesta. Descubrí esto cuando hice una lectura feminista de la historia de Dinah, en la Biblia. Dinah sale de su campamento y es violada. Esta historia me provocó náuseas. Súbitamente, supe que tenía que bailar a

minar con una anciana, sentir la brisa del mar. Mi cuerpo contiene promesas. Una tarde, al principio de la primavera, dos amables mujeres plantaron, para mí, un jardín muy colorido. Otra vez, sentí la necesidad de bailar el acto del cual fui testigo. Bailé la tierra, sus conversaciones mientras trabajaban juntas, nuestras

la Josefina dijo: “El cuerpo es el lugar donde se encuentran registradas nuestras memorias y nuestras historias—las marcas de la violencia, del hambre, de la tortura, la violación—y también las experiencias de placer y de amor. Trabajar desde nuestros cuerpos nos permite escuchar las memorias, traerles al

presente, sanar nuestros dolores, y celebrar nuestros cambios". Unas con otras, intercambiamos nuestras formas de movimiento. Más semillas.

Lo que yo descubrí por el movimiento y el baile corrobora las palabras de Josefina. Tenemos acceso a nuestras historias personales y colectivas. Nuestros cuerpos contienen mucha sabiduría, muchas experiencias que piden a gritos ser articuladas. A través del movimiento podemos dar voz a nuestras vidas y honrar lo sagrado en todas las vidas. Lo que puede ser recordado, también puede ser restaurado, renovado, remirado. Chung Hyun Kyung lo sabía. El pueblo Yoruba lo sabía. Josefina y Judy lo sabían. Y en el fondo de mí, yo también lo sabía.

Ahora, después de cinco años, mi jardín está totalmente en flor. Bailo mi teología y bailo mis oraciones en un estilo de movimiento que he bautizado "CuerpoPaz/CuerpoOración" y que incorpora la forma feminista del t'ai chi, el espíritu del baile tradicional, y los movimientos improvisados que emergen desde el interior de la comunidad que baila. "Cuerpo Paz/Cuerpo Oración" utiliza movimientos sencillos y repetitivos para hacer las paces con y para nuestros cuerpos, el cuerpo de la tierra, el cuerpo global.

Al bailar danzas religiosas y al observar el vídeo de Chung Hyun Kyung he descubierto

algunos elementos rituales que las hacen distintas a los bailes seculares. Tal como los cuatro elementos, tierra, aire, fuego y agua son interdependientes y sostienen el universo, también forman un conjunto los cuatro elementos del baile sagrado. Las danzas sagradas se hacen en espacios rituales, con un propósito que va más allá de nosotras mismas, con una intencionalidad específica, y en el contexto de una comunidad.

CuerpoPaz/CuerpoOración

"Espíritu movedizo del aire, mientras nos movemos a través de los cambios, sentimos tu presencia", cantamos una y otra vez, acompañando el canto con gestos que nos llevan al espacio sagrado, liminal, donde lo no-visto puede entrar, donde habita el espíritu, donde se siente la presencia de lo Divino. En "CuerpoPaz" creamos ambientes rituales para poder distinguir entre lo común, lo de todos los días, y lo extraordinario. Lo hacemos cuando cruzamos los portales de iglesias, templos, sinagogas. Lo hacemos en los bailes rituales. Deliberadamente, creamos oportunidades para que lo misterioso se revele, para que las diosas entren, para que los ancestros bailen entre nosotras, para habitar en el Espíritu Santo.

"Espíritu poderoso del fuego, ayúdanos a encender la justicia que deseamos". Los bailes sagrados tienen un pro-

pósito que va más allá de nosotras mismas, sin embargo, nos son intrínsecamente propios. Surgen de nuestra experiencia, para transformarnos a nosotras mismas y a la sociedad. En las sociedades patriarcales, hacer las paces con nuestros cuerpos es un acto político que produce poder personal y social. Internalizamos mensajes de resistencia a las ideas dominantes, y eso produce nuevas acciones de empoderamiento. Estos mismos cuerpos, despreciados, violados, hechos a imagen de los patrones patriarcales de belleza, pueden ser usados como afirmaciones de poder.

las danzas sagradas se hacen en espacios rituales, con un propósito que va más allá de nosotras mismas, con un intencionalidad específica, y en el contexto de una comunidad

"Espíritu fluido del agua, sánanos y bendícenos, somos tus hijas". Bailamos las intenciones. Desde siempre las culturas han ocupado el poder del baile para asegurar que la caza sea fructífera y segura, para las buenas cosechas, para iniciar a los/as jóvenes. En "CuerpoPaz" nombramos nuestras intenciones personales y comunitarias. Algunas

bailan para sanar enfermedades, alguien baila para sanar el consumismo, otras, para terminar con la violencia.

“Amado espíritu de la tierra, danos poder para todo lo que parimos”. Los bailes religiosos se hacen en comunidad para dar poder a los valores de la comunidad, para representar los mitos que se tienen en común. Bailamos en comunidad para empoderar nuestras visiones. Bailamos con otras mujeres por los temas de las mujeres, moviéndonos hacia la solidaridad de cada una con la otra. Generamos el poder de renovar, inspirar, invocar, enseñar y sanar.

“CuerpoPaz/Cuerpo Oración” ofrece un vehículo que nos ayuda a conectarnos con la sabiduría de nuestro cuerpo y de la tierra. “CuerpoPaz/CuerpoOración” está enraizado en la historia, incorpora los elementos de los bailes sagrados tradicionales, y su intención es promover la justicia en el ámbito personal, en lo social y en la tierra. Porque escuché los silencios espirituales, trabajé desde mi propio cuerpo, escuché las voces de los/as ancestros/as, los espíritus, los/as ancianos/as, las mujeres, me incliné hacia la presencia de Dios, mi vida es rica en propósitos. Doy gracias y alabo a mis profesores/as. Doy gracias y alabo al Espíritu de la Creación.

Hace años atrás, cuando me di cuenta que necesitaba bailar mi teología, elegí ser parte de un movimiento polí-

tico que sana las heridas, honra lo sagrado y trabaja por la justicia. Sentirme contactada con mi poder espiritual, sexual y social, provee nuevos modelos para hacer justicia. Ahora, a los 50 años, bailo en solidaridad con mujeres de toda la tierra que tienen necesidades e intenciones de transformación similares a las mías. Estamos bailando nuevos mitos, reemarcamos la historia, enfatizando los cuerpos de mujeres y cuerpos de pensamientos. Usamos nuestros cuerpos en formas sagradas, eróticas, políticas.

Arrojemos color a las sombras. Juntas podemos convocar el poder del cambio a través de comunidades de baile, y “adivinar” un futuro que empodera a las mujeres, bendice a los niños, dignifica a los hombres y afirma la creación entera. Creemos letanías al Espíritu con nuestros cuerpos transformando el dolor en poesía y oración. Respondamos a las llamadas a la acción con nuevos modelos de paz. Estos son nuestros cuerpos, esta es nuestra sangre. Haz esto en nuestra memoria. ☐



Cuando bailé en Chile con mis compañeras en la casa de Con-spirando, una mujer del grupo se conectó en un nivel muy profundo con su cuerpo y con la nueva información que se le estaba revelando. Este puede ser un “momento de verdad” que es, simultáneamente, atemorizador y convincente. Sabemos que algo muy profundo está emergiendo. La emoción sigue al baile, el lenguaje sigue a la emoción, a menudo dado voz a lo sin voz. En su caso, ella eligió desacelerar el proceso, acorde con su sabiduría interna. Ella sabía que esto que estaba pariendo exigía seguridad. Eligió esperar y mirar, atendiendo su propio nacimiento con el cuidado de una partera experimentada. Fue una sacerdotisa para sí misma, convocando un Misterio desde el fondo de su ser.





SEXUALIDAD Y EXPERIENCIAS MISTICAS DE MUJERES ADULTAS

Lene Sjørup*

Claudia Román

Desde el rechazo de los cultos cananeos de la fertilidad en el Antiguo Testamento, la idea de que la sexualidad puede ser espiritual se ha vuelto un tabú—por lo menos a nivel oficial. Aunque los reyes de Israel persistieron en los rituales sexuales de los cananeos, construyendo cuartos para prostíbulos masculinos en el Templo de Jeru-

salén, la sexualidad ritual fue condenada después del exilio en Babilonia. El exilio mismo fue interpretado como un castigo por rendir culto a otros dioses que no fueran Yahveh. Con el tiempo, la sexualidad ritual fue condenada aunque Yahveh, en algún momento, también fue reverenciado a través de la sexualidad. Esta experiencia sexual religiosa no pudo ser borrada del todo. La gente siempre supo de ella, aunque a veces se la relacionó con el pecado, la vergüenza y la feminidad, sobre todo cuando, de Agustín en adelante, por razones políticas, los movimientos ascéticos fueron

usados como normativos. Algunos Padres de la Iglesia establecieron una equivalencia entre la sexualidad y la feminidad, la sexualidad y el cuerpo, y el cuerpo y la naturaleza. Para ellos, las mujeres no fueron creadas a imagen de Dios, porque Dios—y los hombres—eran puro espíritu. A través de la sexualidad femenina nació el pecado original que hizo necesaria la muerte del hijo de Dios. Las mujeres sólo podían salvarse a través de la maternidad o la virginidad, y preferiblemente, como María, por ambas.

Pero, ¿qué significa la sexualidad para la espiritualidad

* Lene Sjørup, teóloga feminista, investigadora—permanentemente colaborando en este quehacer con-spirativo. Actualmente vive en Dinamarca entre ciudad y campo. Este artículo es parte de su libro *Oneness. A Theology of Women's Religious Experiences*, Peeters, Leuven, 1998. Traducción y edición: Ute Seibert.

de las mujeres, hoy? ¿Tiene la religión un aspecto sexual?

Parábolas del cuerpo

Algunas mujeres, influenciadas por el movimiento feminista y la revolución sexual de los sesenta, mencionan la sexualidad, casi tan casualmente como la naturaleza, como un vehículo de experiencias religiosas, aunque reflexionan más sobre ella. Dice Michelle de Beixedon: "Pienso que la sensación de lo sagrado y el sentido de su presencia en la naturaleza, de alguna manera se tradujo, para mí, más tarde en mi vida, en la

pareciera que la experiencia de unidad con la naturaleza durante la niñez es reemplazada por la unidad en la sexualidad—hay una pérdida de límites que es similar

sexualidad; anteriormente había sido un poder mucho más confuso que yo relacionaba con la tierra. Mientras antes había experimentado una sensación de fusión con el mundo natural, de forma tal que los límites entre mí y cualquier cosa diferente de mí se disolvían, más tarde ubiqué este tipo de poder de comunión en el encuentro con otros individuos. Cuando llegaba a una relación íntima, en un nivel muy profundo que

incluía mi sexualidad, parecía que un fenómeno similar iba a ocurrir, sólo que, en algún sentido, era menos satisfactorio para mí que la relación más amplia con el mundo natural. Había un elemento de riesgo involucrado al experimentar algo tan poderoso en las relaciones humanas, un riesgo que no estaba presente en la relación con la así llamada naturaleza inanimada. Esto estuvo particularmente relacionado con la experiencia de unidad y disolución en el orgasmo, pero más significativamente aún estuvo relacionado con aquello que llamo comunión espiritual, donde alcanzaba un vínculo o una conexión de carácter muy profundo con otra persona. Y eso fue más importante para mí, que la expresión física de unidad".

Pareciera que la experiencia de unidad con la naturaleza durante la niñez es reemplazada por la unidad en la sexualidad. Hay una pérdida de límites que es similar. Sin embargo, las experiencias sexuales, según Michelle de Beixedon, son más riesgosas porque muchas veces hay otra persona involucrada.

Los cuerpos parecen tener una sensación de unidad más allá de lo que puede ser formulado racionalmente, o incluso ser puesto en palabras. El contacto, al igual que el que se da de manera profunda con la naturaleza, trasciende

los límites del lenguaje. Ambos involucran la comunicación no-verbal. Un contacto amoroso transfiere una identidad que alcanza fuerzas de amor más lejanas, mientras un contacto con odio destruye la identidad.

Charlene Spretnak dice que las sensaciones post-orgásmicas pueden, para algunos, asociarse a una debilidad y vulnerabilidad exageradas—la "pequeña muerte". Para ella, sin embargo, son "parábolas del cuerpo" de verdades más profundas: "Para mí, en el estado post-orgásmico parece como si no existiesen muros; las estructuras divisoras simplemente desaparecen y se disuelven, lo que se corresponde exactamente con la metáfora utilizada para describir la experiencia de las personas en muchos tipos de meditación. Los límites del cuerpo parecen disolverse, y tú percibes vibraciones y una sensación de expansión".

El amor siempre ha sido relacionado con Dios, pero muchas veces de una manera pálida, desapasionada. Las personas, evidentemente, pensaban que un amor apasionado iba a contaminar la imagen de lo divino, aunque eso es lo que se encuentra en el "Cantar de los Cantares", en el misticismo medieval y en las descripciones de la iglesia como la novia de Cristo. Muchos teólogos han intentado mantener alejado el amor sexual de la imagen de lo divino. ¿Por qué? El lado

exaltado de la sexualidad es, como dice Sallie McFague, no sólo placer, sexo y pasión. Es la sensación de que la otra persona vale porque es la que es y que tú misma recibes valor porque eres vista como la persona que eres. Mirarte a ti misma a través de los ojos de tu amante significa llegar a ser *amable*. Dios es nuestro/a amante porque él/ella nos mira y nos ama tal como somos.

Nacimiento/parto

Muchas mujeres hablan también de experiencias religiosas relacionadas con dar a luz. Ninguna se ve a sí misma en el parto como “a las puertas del diablo”, una noción que encontramos en el autor patristico Tertuliano del siglo II. Al contrario: dar a luz les abrió el acceso a lo sagrado. Dice Charlene Spretnak: “Cuando tuve mi bebé viví algo como un shock positivo. Hablaba más fuerte de lo necesario y veía todas las cosas en el cuarto desde diferentes perspectivas. Era como si yo estuviese no sólo en mi cuerpo sino dentro de todo el cuarto”. Para Charlene Spretnak, el nacimiento fue una confirmación de la unidad, no sólo porque se sintió como si su cuerpo llenara el cuarto entero, sino en el sentido de que alcanzó un conocimiento especial después de haber dado a luz: “Cuando algo está naciendo desde mi propia carne, los límites entre yo y no-yo se vuelven un poco borrosos.



en el estado post-orgásmico parece como si no existiesen muros; las estructuras divisoras simplemente desaparecen y se disuelven, lo que se corresponde exactamente con la metáfora utilizada para describir la experiencia de las personas en muchos tipos de meditación

Este es otro ejemplo que nos permite entender la naturaleza parcial y muchas veces arbitraria de los límites.

Para Charlene Spretnak dar a luz es, claramente, una experiencia religiosa: “Lo que realmente me gustaría ver es que las mujeres comiencen a hablar más acerca de qué significan estas experiencias corporales realmente para ellas. Tal vez, tener un bebé haya sido una experiencia es-

piritual más grande que lo que fue, alguna vez, recibir la comunión. Si es así, ¿por qué no decirlo?”.

Usar la imagen de Dios como amante o como creador mientras, al mismo tiempo, se está despreciando el nacimiento, como ha sucedido en el mundo occidental durante mucho tiempo, no sólo es contradictorio, sino una visión distorsionada de lo divino. No se puede separar el amor del contacto físico del cual el nacimiento es un continuum.

Los cuerpos, no las palabras, crean vida. Cuidar la vida tiene lugar a través de un contacto amoroso, dando comida, cambiando pañales, un cuidado físico cuyo origen viene de las fuerzas biológicas de la sobrevivencia.

Los escritores del Antiguo Testamento que lucharon contra el culto cananeo de Astarte, la diosa de la fertilidad, no miraban en menos el nacimiento de los niños. También ellos lo consideraban sagrado. Aunque hayan usado imágenes tomadas de la autoridad terrenal y patriarcal, hablaban también de los pechos y del útero de Dios. El nacimiento podría ser usado como el imaginario de un poder mayor con el que las mujeres tienen contacto. La Diosa dando a luz y la Gran Madre son imágenes de lo

el nacimiento podría ser usado como el imaginario de un poder mayor con el que las mujeres tienen contacto. La Diosa dando a luz y la Gran Madre son imágenes de lo divino que provienen de la experiencia humana de cuidado y amor físico

divino que provienen de la experiencia humana de cuidado y amor físico.

Sin embargo, este imaginario tiene sus límites. Dios

no es madre al igual que Dios no es padre. La imagen es un intento de comprender. No puede contener lo sagrado que, como lo muestran las experiencias del nacimiento, es algo sobrecogedor, muchas veces expresado simbólicamente después de que una barrera física se rompió. Y sin embargo, las imágenes a través de las cuales intentamos expresar lo sagrado tienen una gran importancia porque implican éticas, normas sobre cómo debemos actuar. Mientras la imagen del Dios todopoderoso patriarcal demanda sumisión, la Diosa que da a luz y la Gran Madre demandan empatía con todo lo viviente.

La relación con la madre y el misticismo

Algunos investigadores han creado un terrible imaginario en relación a este misticismo en torno a la serie naturaleza-mujer-sexualidad-nacimiento. ¿Cómo debemos entender el hecho de que muchas mujeres experimenten este misticismo como extremadamente hermoso?

Una explicación posible podría ser la siguiente: nacemos de cuerpos de mujeres, somos sometidas/os por ellas, sumergidos/as en ellas y, para llegar a ser un yo, nos debemos liberar de ellas. La mujer es el primer contacto con la naturaleza, el primer contacto con otras personas, el primer espejo, la primera que exige

sometimiento: “El niño ama su contacto, su calor, su sabor, su sonido, su movimiento, tal como ama la luz danzante, un espacio con textura, suaves cobijas, al igual que llegará a amar el agua, el fuego, las plantas y los animales. Y la odia porque, al igual que la naturaleza, ella no lo protege ni provee de manera perfecta. Ella es la fuente de alimento, calor, comodidad y entretenimiento; pero el bebé, no importa cuan bien cuidado esté, sufre algo de hambre o frío, o algunos dolores de estómago, o movimientos repentinos alarmantes, o desagradables estallidos de ruido, alguna soledad o aburrimiento; y ¿cómo saber que ella no es también la fuente de estas cosas?”¹

La mujer es la naturaleza que el niño conoce, el centro al cual es atraído y sin el cual no puede vivir. Donde la mujer termina y comienza el niño hay, como lo dijo anteriormente Charlene Spretnak, una línea fluida. Para el niño esta línea coincide con la línea entre la vida y la muerte. Si se le quita la madre, la comida, el cuidado, el niño muere. El miedo frente a eso está profundamente asentado en el cuerpo. La que dio la vida, también la puede tomar. La Gran Madre es también la Diosa de la Muerte.

Puede ser que las raíces más tempranas de la misoginia se encuentren en esta dependencia física de esta mezcla entre mujer, naturaleza, yo, cuerpo, sobrevivencia y muer-

te. Llegar a liberarse de eso es uno de los mayores logros en la vida de un/a niño/a. La separación de la madre significa llegar a ser un ser y mirarla a ella como un ser independiente, un objeto fuera del yo.

La separación y el desarrollo de un yo independiente no son idénticos para niños y niñas como muchas psicólogas lo han demostrado (Klein, Dinnerstein, Chodorow, Gilligan). Las niñas deben dejar de identificarse con la madre para llegar a desarrollar su yo. Los niños también, pero adicionalmente, tal como nuestra sociedad está construida hoy en día, deben también dejar de identificarse con el género de la madre e identificarse con el género del padre, el masculino. La doble desidentificación del niño con la madre podría ofrecer una explicación del sexismo y el

varón adulto) deben escapar: la bruja. Para llegar a ser un hombre, él debe enfatizar la autonomía, la diferencia, la separación de la naturaleza, la mujer y el cuerpo. El debe asegurar la libertad del espíritu y su exaltación por sobre la carne.

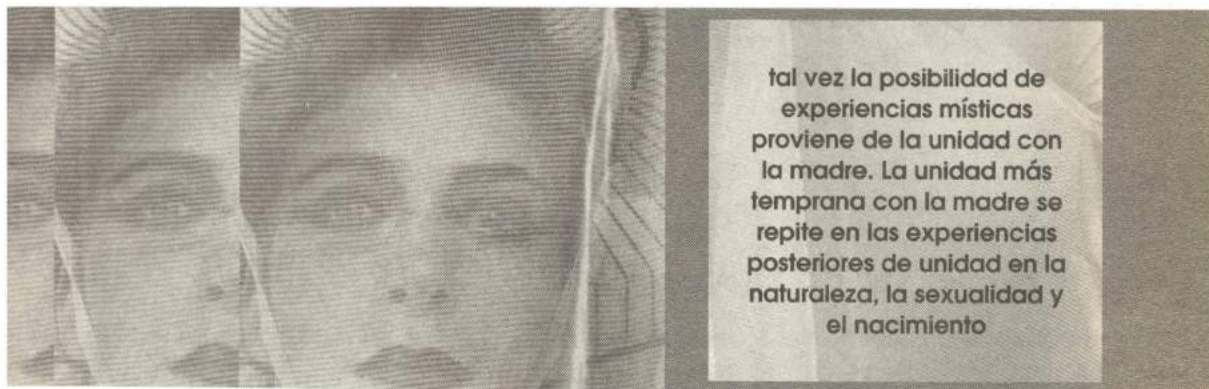
Tal vez la posibilidad de experiencias místicas proviene de la unidad con la madre. La unidad más temprana con la madre se repite en las experiencias posteriores de unidad en la naturaleza, la sexualidad y el nacimiento. La unidad biológica, que en el primer momento fue una mera necesidad de sobrevivencia, se convierte más tarde en la habilidad de experimentar la unidad con todo lo que existe.

Si el misticismo tiene sus raíces en la relación primaria con la madre, eso podría explicar por qué las experiencias

la madre manda a niños y hombres a la búsqueda de matar al dragón y llegar a ser reyes absolutamente libres e independientes en sus propios dominios, la experiencia mística de unidad se torna difícil para los hombres e incluso constituye una amenaza a la identidad masculina tan arduamente obtenida. Todo esto podría explicar el hecho de que parecen ser más las mujeres que tienen experiencias místicas gatilladas por la naturaleza y el cuerpo. ☐

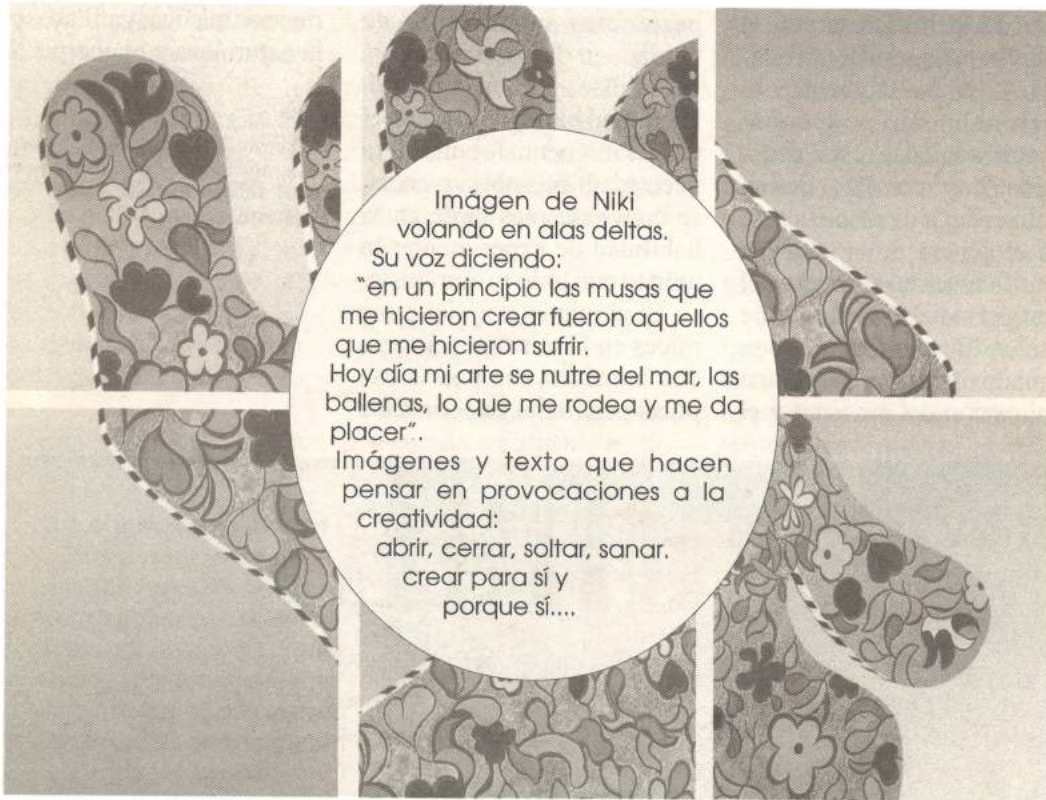
Nota:

1. Dorothy Dinnerstein: *The Mermaid and the Minotaur. Sexual Arrangements and Human Malaise*, Nueva York, Harper Colophon, 1977, p.95.

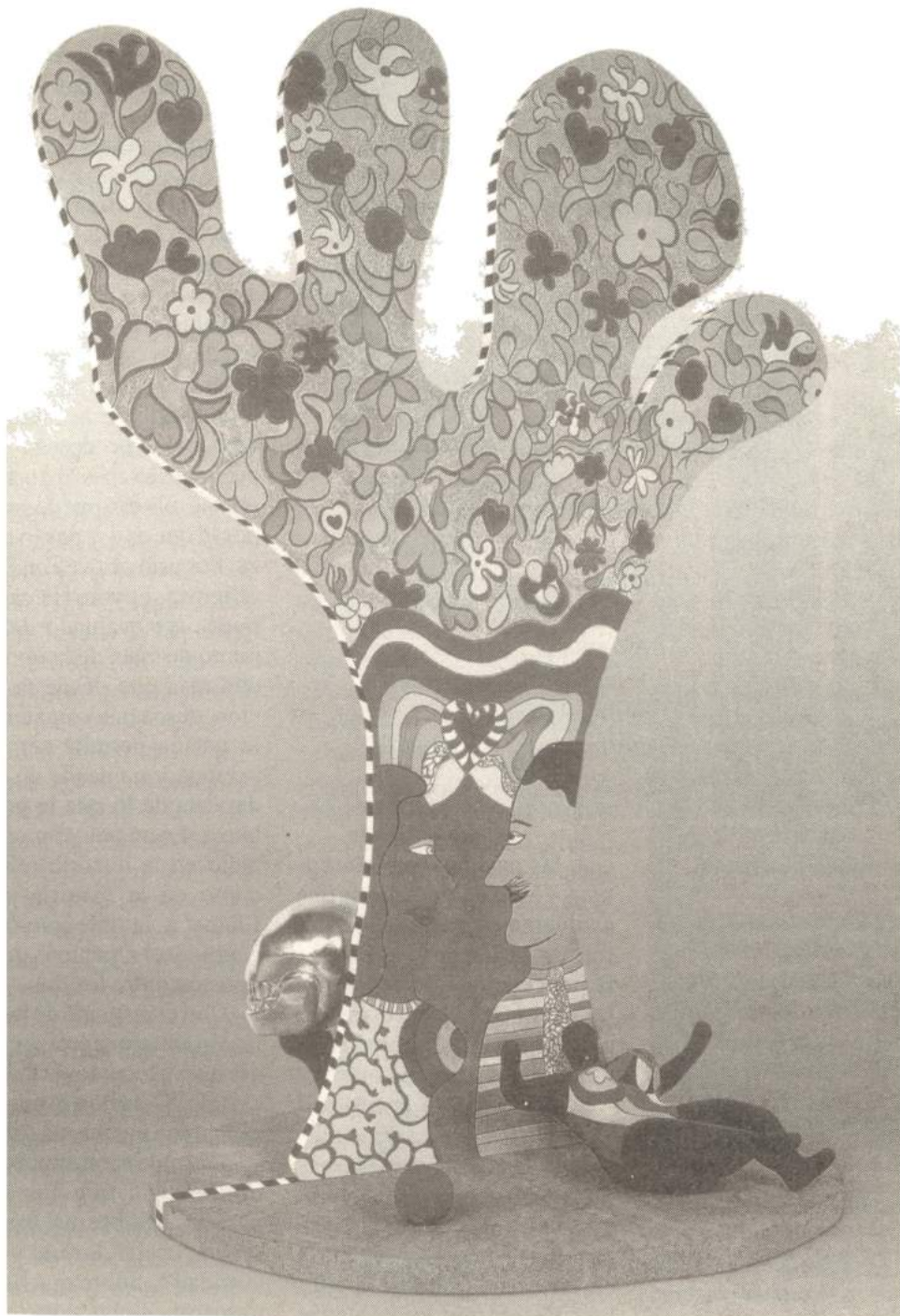


patriarcado global. La mujer es naturaleza. Ella es el cuerpo que debe ser conquistado. Ella es la diosa sucia. Su útero es una tumba. Ella es todo aquello de lo cual el niño (y el

místicas parecen más típicas de las mujeres. Si la experiencia de unidad es conocida en primer lugar en la relación con la madre, y el doble rechazo de la identificación con



Imágen de Niki
volando en alas deltas.
Su voz diciendo:
"en un principio las musas que
me hicieron crear fueron aquellos
que me hicieron sufrir.
Hoy día mi arte se nutre del mar, las
ballenas, lo que me rodea y me da
placer".
Imágenes y texto que hacen
pensar en provocaciones a la
creatividad:
abrir, cerrar, soltar, sanar.
crear para sí y
porque sí....



*El árbol de la libertad y la tiranía, 1995.
Niki de Saint Phalle*

¿VOTO DE CASTIDAD?

Joan Chittister*

La castidad ha sido muchas veces representada como antagonista de la vida, el crecimiento y las relaciones. Nos hemos hecho mucho más conscientes de lo que la castidad nos negó y no de lo que la castidad nos permitió hacer, nos demandó, nos proveyó. Como resultado de esto, tenemos que repensar completamente el voto de castidad si es que la espiritualidad contemporánea de la vida religiosa va a tener algo que decir tanto a la sociedad que nos rodea como a las mismas religiosas.

Los tiempos que corren

El contexto social de la castidad se hace cada día más dinámico. El método anticonceptivo rítmico, los programas de planificación natural de la familia, los abortivos quími-

cos, las pastillas anticonceptivas—de cualquier forma que evaluemos alguna o todas las formas utilizadas para evitar la concepción—le otorgan a las personas el control de una conducta natural sobre la que nunca antes se tuvo control.

La teología de la castidad—en la cual la abstinencia física es de alguna manera más espiritual, más santificadora, que la conducta sexual—se hace cada vez más sospechosa en un mundo de laicos para los cuales el matrimonio, más

que limitar, apoya la participación de una pareja en, por ejemplo, el movimiento pacifista, el movimiento ecológico o el movimiento feminista.

Como resultado de desarrollos tanto científicos como teológicos, el contexto para la discusión del sexo y la sexualidad, el matrimonio y el celibato, la castidad y el amor, nunca antes había sido tan significativo. Por primera vez en la historia humana, el sexo puede ser más que un tabú diseñado para ahorrarle al mundo una cierta cantidad de embarazos no deseados. Por primera vez en la historia de la iglesia, el sexo puede ser visto por lo que es—y por lo que no es. Por primera vez en la vida religiosa, el voto de castidad puede ser evaluado desde el punto de vista de la oportunidad más que desde la negación, desde una conciencia de lo que le permite ser a una persona y no desde un punto de vista de lo que le prohíbe hacer. Es un nuevo momento tanto en la historia religiosa como en la historia social. Llama a la integración del cuerpo y el alma más que a la división entre los dos.

Con el disgusto de la generación anterior a ésta, y gracias a la nueva tecnología del sexo, el siglo XX mira a la conducta sexual con mucho más libertad y, por ende, con mucho más indiferencia que los siglos pasados. ¿Sobre qué base, entonces, apelar, hoy, al voto de castidad? ¿Sobre qué méritos descansa dicho voto? ¿Para

* Joan Chittister, abadesa, monja benedictina y bibliista feminista, es conocida por sus escritos y conferencias sobre la vida religiosa y su inserción en el mundo contemporáneo. Este artículo está tomado de su libro, *The Fire in These Ashes: A Spirituality of Contemporary Religious Life*. Kansas City: Sheed & Ward, 1995. Traducción: Peter Molineaux.

qué propósito existe? ¿Cuál, si es que tiene alguno, es su don?

La concepción de la virginidad

Hay una cosa que es segura: cualesquiera sean los argumentos que se utilicen para justificar el voto de castidad, las ideas tradicionales acerca del sexo y la sexualidad, acerca del voto de castidad y la vida religiosa, simplemente ya no funcionan. Ha desaparecido, por ejemplo, la noción de la vocación enaltecida por vírgenes que habitan un reino semi-espiritual, liberadas de la carga de sus cuerpos y aptas, entonces, para volar con los ángeles. Ha desaparecido, también, la idea de la perfección enraizada en la inviolabilidad sexual, como si el sexo mismo destruyera la integridad moral de la persona más que la injusticia, la violencia y la avaricia. Finalmente, ha desaparecido la noción de la virginidad como algún tipo de insignia de valentía a ser llevada al matrimonio para probar el valor de una mujer, para asegurar lo que vale, para legitimar a sus herederos. Más aún, ha desaparecido la idea de que la asexualidad llevada a la tumba es un signo de impecabilidad humana, de un obsequio total de la vida a Dios.

El mundo se encuentra a sí mismo, en consecuencia, con una serie de preguntas completamente nuevas acerca de

la naturaleza del sexo, el significado de la sexualidad —tanto masculina como femenina— y el lugar de la expresión sexual en la sociedad.

¿Qué pasa con la idea de la virginidad en una cultura donde las personas llegan a una congregación religiosa mucho tiempo después de que su virginidad es historia? La respuesta, por supuesto, es que la castidad es mucho más que algún tipo de inviolabilidad física, de prohibición física, de control, de ausencia.

Castidad: ¿negación del cuerpo y las relaciones?

A lo largo de los siglos, superficialidades de todo tipo se vincularon a la conservación del voto de castidad. La vida religiosa se convirtió en un ejercicio de incorporeidad, en la espiritualidad de los neutros, a distancia, a salvo, con miedo. Las reglas religiosas y los cánones de la iglesia especificaban, mucho después de que las reglas sociales de la misma estirpe habían desaparecido, que las mujeres no podían salir a un lugar público sin una acompañante de su mismo sexo. La vestimenta de las religiosas, arrastrada desde patrones medievales y jamás puesta al día, cubría el cuerpo entero. No se exponía piel alguna, no se mostraba el pelo, no se permitían talcos ni jabones aromáticos para el cuerpo. El contacto físico, incluso con los bebés, las flores,

y los animales era considerado como actividad prohibida por algunos manuales espirituales. Las flores excitaban los sentidos; los bebés amenazaban la vocación. Hasta nuestros días, nos dicen, los animales hembras se prohíben en el Monte Athos, el monasterio ortodoxo en Grecia, por temor a que las actividades naturales de la población animal puedan incitar respuestas sexuales en los monjes que allí se encuentran.

Bajo tales condiciones, donde la interacción personal estaba en la parte baja de la escala del desarrollo espiritual, donde las amistades en comunidad sólo alcanzaban el contacto cotidiano durante encuentros grupales, donde las religiosas no nadaban, ni bai-

hay una cosa que es segura: cualesquiera sean los argumentos que se utilicen para justificar el voto de castidad, las ideas tradicionales acerca del sexo y la sexualidad, acerca del voto de castidad y la vida religiosa, simplemente ya no funcionan

laban, ni se sentaban al sol, donde predominaban las sillas con respaldos altos y los bancos de madera en lugar de cómodos muebles rellenos, el

cuerpo—que nunca ha de ser complacido, siempre disciplinado, nunca visto—se convirtió en el rival, en la barrera para la vida espiritual. El miedo reinaba. La sensualidad acechaba por todas partes, el sexo amenazaba en todas partes y el contacto humano—relajado, íntimo y real—estaba en todas partes esperando que se renunciara a él.

Para la vida religiosa, los efectos de ese tipo de teología no podían sino ser desastrosos.

la castidad que hace imposible el amor, que hace imposible la amistad, que hace sospechosa la privacidad e inaceptables los sentimientos personales, contraviene el propósito mismo de la castidad

La vida existía para ser negada. El aislamiento y la soledad se convirtieron en signos de lo sagrado. El trabajo compensaba el involucrarse con las personas. La vida en comunidad se convirtió en un asunto de desconocidos aprendiendo a vivir solos en conjunto.

La castidad una aventura hacia sí misma

La letanía de negaciones es devastadora no tanto por haber sucedido, sino por no haber comprendido el verdadero sentido de la castidad. La castidad se trata, cierta-

mente, de una entrega total a la vida espiritual, de no entregarnos a un estilo de vida de sensualidad sexual desatada, del auto-control, del auto-conocimiento, de la concentración contemplativa en las dimensiones místicas de la vida. Pero la castidad que hace imposible al amor, que hace imposible la amistad, que hace sospechosa la privacidad e inaceptables los sentimientos personales, contraviene el propósito mismo de la castidad. La castidad no se trata de no amar.

La castidad otorga una aventura hacia el sí mismo por el bien de los demás, que da una nueva dimensión a la vida, tolerancia a las relaciones, libertad al alma y disposición a sus demandas. Atravesar los movimientos de la vida sin querer profundamente a persona alguna, le roba a la vida religiosa precisamente los motivos que nos inspiran a entregar nuestras vidas. La castidad, irónicamente, hace posible el puente entre el sí mismo y el resto del mundo al ensanchar el campo de acción, y no al restringirlo. La castidad hace posible el puente a múltiples otros.

Alabrimos al amor dondequiera que lo encontremos, dondequiera que nos encuentre, la castidad pone a la religiosa en la posición de ser la persona que se preocupa por ver lo que otros con ojos

más enfocados quizás no puedan ver.

Más que eso, quizás, la religiosa promete amar libremente a las personas para que pueda dejar en libertad a los que ama. La religiosa ama sin atar a las personas a ella. Los efectos de este amor pueden ser asombrosos. Por el hecho de haber sido amados libremente y sin expectativa, los niños pueden aprender a confiar, los adolescentes pueden aprender a ser independientes, los propios adultos pueden aprender a amar a otros sin tener que mantenerlos cautivos. Es simplemente amor vaciado hacia fuera, derramándose. Es apasionado pero no es apegado.

Las emociones en la experiencia de la castidad

La vida religiosa, cualquier vida, sin emoción, está al borde de lo peligroso. Es peligroso tener a alguien sin sentimientos sentado frente a una consola nuclear. Es peligroso tener ministros de la iglesia que otorgan los sacramentos sin percatarse de las personas que se supone están siendo alimentadas por ellos. Es peligroso tener consejeros que no han sentido dolor ellos mismos ni conocido el abismo de la pérdida, ni enloquecido en un sentimiento de alegría. Es peligroso formar a personas, que se supone deben ser místicas apasionadas, como robots sin pasión. La vida religiosa no necesita y no se

puede beneficiar de “zombis” religiosos. Una castidad que transforma a personas espirituales en cemento, hace de la vida espiritual una tumba, y no constituye para nada una invitación a la resurrección.

Suprimir una emoción es suprimirlas a todas. Aquellos que han ahogado sus propios sentimientos no pueden reconocer, ni liberar, los sentimientos de los otros. El propósito de la castidad no es deshacerse de las emociones. Por el contrario, su propósito es dirigir las por vías que sean generosas y liberadoras.

Las congregaciones que sofocan las emociones en el nombre de la formación religiosa, inhiben el espíritu de la congregación misma. Y en su lugar, demasiado frecuentemente, reina la depresión. Los horarios comienzan a dominar las necesidades humanas. Se hace más importante comer a la hora que dar la bienvenida al invitado que llega, más importante rezar que contestar el teléfono, más importante ir temprano a la cama que sentarse con las personas en sus momentos de dolor, que celebrar su alegría, que escuchar sus historias. Las personas vienen y van, y no se advierte el regalo que podrían traer y el moho espiritual que podrían disipar.

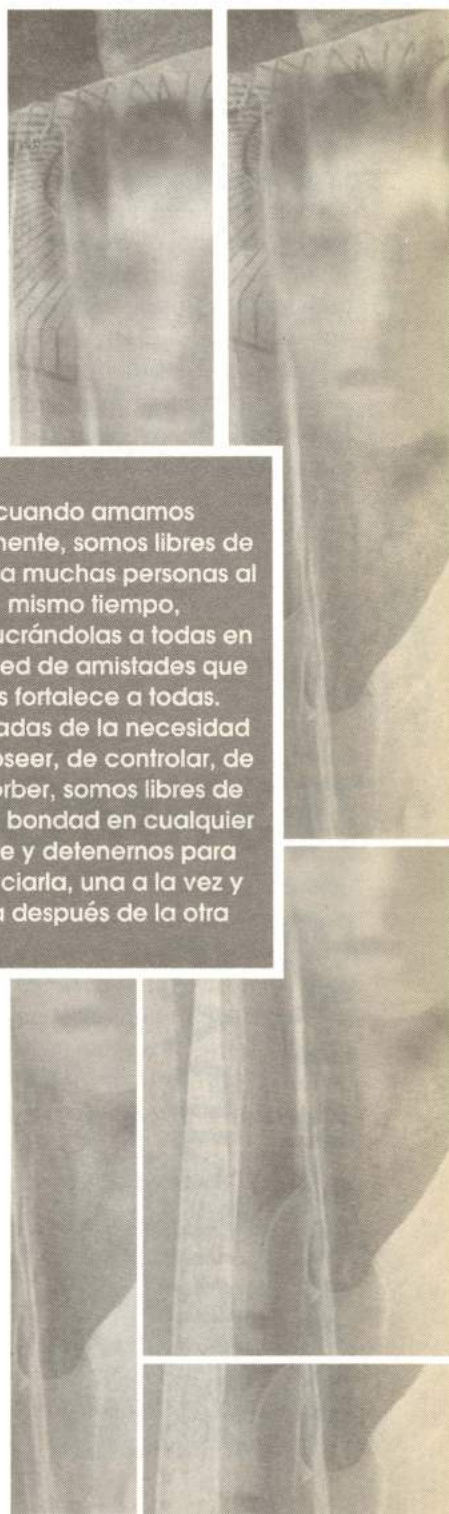
La combinación de amor y castidad

Con frecuencia, la castidad verdadera proporciona el

pegamento que permite que las relaciones se desarrollen en vez de desalentarse. Cuando amamos libremente, somos libres de amar a muchas personas al mismo tiempo, involucrándolas a todas en una red de amistades que nos fortalece a todas. Liberadas de la necesidad de poseer, de controlar, de absorber, somos libres de ver la bondad en cualquier parte y detenernos para apreciarla, una a la vez y una después de la otra.

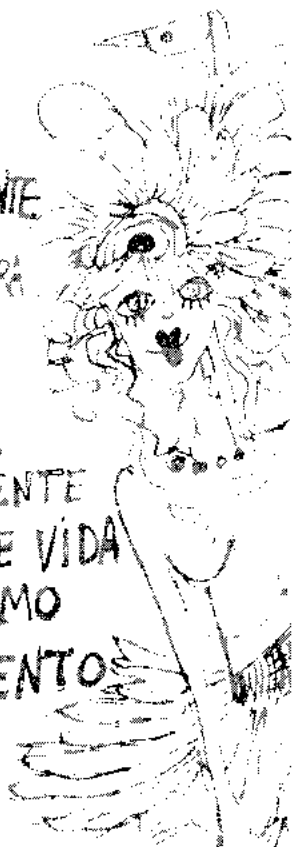
Enseñar castidad y no enseñar amor es equivalente a enseñar ejercicios espirituales sin enseñar a Dios. Es un proceso puramente mecánico que no lleva a ninguna parte y no tiene razón de ser.

La combinación de la castidad y el amor bordea lo peligroso, por supuesto, para aquellos que consideran peligroso el crecimiento. Hay, de hecho, dos riesgos en lo que se refiere a la castidad. Un riesgo se encuentra en el desarrollo de relaciones y el correspondiente crecimiento exigido. El riesgo alternativo es el tipo de superficialidad e infancia espiritual que llega a través de una vida “casta” físicamente que no ha sido tocada emocionalmente. El truco no está en elegir no amar, sino en llegar a elegir con sinceridad entre distintas formas de amar. ☐



cuando amamos libremente, somos libres de amar a muchas personas al mismo tiempo, involucrándolas a todas en una red de amistades que nos fortalece a todas. Liberadas de la necesidad de poseer, de controlar, de absorber, somos libres de ver la bondad en cualquier parte y detenernos para apreciarla, una a la vez y una después de la otra

ESTOY
BELLA
INDEPENDIENTE
EXITOSA
TRANSGRESORA
CREATIVA
DIVERTIDA
PRIMAVERAL
FLORECIENTE
LLENA DE VIDA
Y PARA COLMO
NO ME SIENTO
CULPABLE!



Los siguientes testimonios recogen experiencias de mujeres que, de una u otra forma, "toman las riendas" de su propia vida. En contextos diversos, con historias personales, familiares, económicas, sociales distintas, llegan en un momento determinado de sus procesos a decir "no más", me las juego por hacer de mi vida algo importante y placentero de vivir. Esperamos que estos testimonios sean un estímulo para reflexionar acerca de nuestras propias experiencias y las posibilidades que tenemos de poner límites, tomar decisiones y ejercer nuestra libertad.

TESTIMONIOS

TOMAR LAS RIENDAS:

¿AMARME A MI MISMA?

Michèle Najlis*

¿Amarme a mí misma? ¡Ni hablar! Asunto más que prohibido por un sistema para el cual el amor es un peligro. Para las mujeres sobre todo, el amor a sí misma está prohibido, y cualquier intento es rápidamente calificado como "egoísmo".

* Michèle Najlis, Nicaragüense es escritora y profesora de Literatura. Actualmente dirige un programa radial en que lee y comenta los Evangelios.

De modo que, como tantas otras mujeres, aprendí a "ser para otro/as". Tenía que estar siempre bien para no inquietar a quienes me rodeaban. En una civilización en que la tristeza y el dolor son tabú, esto me llevó a una larga carrera de anfetaminas, anti-depresivos, somníferos, hipnóticos. Había que "estar bien" a toda costa. Había que "funcionar".

Parte de mi educación consistió en convencerme de que debo ser perfecta en todo

lo que hago, al mismo tiempo que se me inculcaba la certeza de que yo no valía para gran cosa. Mis propias cualidades eran presentadas como defectos: si alguien elogiaba mi belleza física, caía el regaño, “no le diga eso, que se va a hacer vanidosa”; si alguien comentaba mi inteligencia, igual. Alguna vez quise ser bailarina; al llevarme a la escuela de danza, mi madre advirtió al maestro: “Que quede claro que su padre y yo no estamos dispuestos a que salga en veladas, porque se va a hacer vanidosa”. A partir de ese día comenzaron a dolerme las rodillas.

Rápidamente encontré el novio y luego el marido ideales: los que me hacían desgraciada.

Dentro de mí no había nada que justificara mi vida.

Milité en los movimientos de izquierda radicales. Ahí me convertí en una mujer “liberada”: ¡tenía una razón válida para vivir!—la Revolución.

A los 45 años tenía en mis haberes muchas depresiones y dos intentos de suicidio. Además fumaba 2 paquetes de cigarrillos al día, había iniciado una peligrosa aunque solapada carrera alcohólica, pesaba 190 libras, y había desarrollado una dramática adicción a los hombres. Llegó un momento en que temí perder la razón.

Luego de mi paulatino retorno al cristianismo, hice unos largos ejercicios espirituales, de los que salí ago-

tada, frustrada y enferma. No había logrado “ordenar mi vida” en libertad. En esas condiciones, una noche, mientras dormía, oí decir con toda claridad: “Amarás al Señor tu Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a vos misma”. La frase me sacó del sueño sobresaltada. ¿Qué me había sobresaltado? Me levanté de inmediato, me senté en mi “silla de rezar”, cuaderno y lápiz en mano, y comencé a meditar palabra por palabra, buscando la causa del sobresalto. Hasta que finalmente la encontré: Dios me mandaba a *¡amarme a mí misma!*. ¡Esto era demasiado! Ya me había acostumbrado un poco a este Dios transgresor que había conocido en Jesús durante los ejercicios espirituales. ¡Pero esto era demasiado! ¡Transgredir “la moral y las buenas costumbres” y *amarme a mí misma!*

Poco a poco, comenzó a invadirme una alegría intensa: ¡tenía derecho a la vida! ¡Ya no necesitaba justificar mi existencia a través de otros, ni hombres, ni ideas, ni siquiera la Revolución! ¡Yo misma soy justificación de mi vida! ¡Cada momento de mi existencia, cada parte de mi cuerpo es válido en sí mismo, por sí mismo!

A partir de ahí comencé a darme permiso de decir “no”. El primer “no” tuvo lugar al día siguiente, y estuvo dirigido al que había sido mi director durante los ejercicios espirituales: le di las gracias por

su acompañamiento, y le comuniqué que la relación quedaba rota, pues era una relación de poder que ya no podía aceptar. Con gran asombro, me dijo: “Sí, realmente esta moción viene de Dios”. A lo cual respondí: “Creo que no me has entendido: no te estoy preguntando si viene de Dios o no; te estoy comunicando que esto ha terminado!”.

Luego, me di permiso de estar mal y de buscar las causas: esto llevó a descubrir que estaba enferma, probablemente desde hacía años; a dejar el trabajo que me disgustaba; a pedir el divorcio, a ser más radical en mis convicciones... a ir poco a poco descubriéndome.

Muchas personas opinan que me he vuelto una mujer incómoda... ¡espero que así sea!

Es la primera vez que cuento esto públicamente. La decisión ha sido difícil, pero me hace feliz. Quizá el último pedestal que me quedaba por destruir era el mío: ¡ahora puedo bajarme de él y caminar libremente por la vida! ♦



LA ESCLAVITUD

NO ES PARA MÍ

Soy brasileña, de Porto Alegre, y actualmente tengo 40 años.

Me uní a un hombre a los 30 años y en ese momento comenzó mi verdadera cruz. El me lleva 16 años, y es "machista" por naturaleza. Tuve mi primera hija y cuando, a los dos años, quise volver a enseñar danza, él se las ingenió para dejarme embarazada otra vez. Mi segundo bebé nació con hidrocefalia y a los 8 meses quedé del tercero.

Nada fue fácil, cada vez tenía más responsabilidad y pensé que debía esperar que los chicos crecieran un poco. Así pasó hasta que, a pesar de los reclamos de su papá, pude ingresar a los dos varones al jardín y a la nena en la primaria, tomé fuerza y me dije: la esclavitud no es para mí.

Empecé a dar clases de gimnasia para tener mi propio dinero y no tener que pedirle a mi pareja nada. Comencé a hacer cursos que dependían de la iglesia, a conectarme con gente, a tener amistades. Ya no recordaba qué placer significaba hablar con otras personas, reírme, vestirme, arreglarme.

Siento que mi vida ha cambiado al tener un tiempo para mí. Estoy de mejor humor y, aunque le reste tiempo a mis hijos, cuando estoy con ellos puedo darles lo mejor de mí. Y también a mi pareja... él también tuvo que aprender a cocinar y si no tiene nada que hacer, cuida a los chicos. Entonces yo puedo ir a una reunión y disfrutar de mi tiempo. ♦

*Regina Darosa, radicada en Argentina, es cocinera en un comedor parroquial. Participa en la comisión de su barrio para la regulación de las tierras y en diversos talleres de expresión que ella impulsa.

MI INDIVIDUALIDAD

DEBE SER RESPETADA

Con Ramón llevamos ya 15 años de casados. Al comienzo, nuestra relación de pareja se frustraba por su exceso de "machismo" y mi propia libertad limitada por la convivencia.

Yo, como toda mujer romántica, pensaba agasajarlo con la comida y con mi permanencia en el hogar. Esto fue lindo al comienzo, pero después era sumamente asfixiante; yo soportaba, porque no sabía cómo manejarlo de otra manera. Al tercer año, quedé embarazada. Tuve cuatro niños y pasaron los años. De golpe, me sorprendí sintiéndome inútil, nerviosa, estresada, gorda, fea, etc.

En ese momento, me di cuenta que estaba alejada del mundo que me rodeaba, empecé a ver a mis vecinos con sus

LOS CUATRO PUDIMOS

Les quería contar los cambios de mi vida antes y después de los cambios de mi mamá. Cuando yo tenía 4 años, más o menos, mi papá nos golpeaba a mí y a mi mamá. Teníamos demasiados problemas. Pero, ya cuando tenía 6 años, mi mamá empezó a buscar ayuda y pudo afrontar su miedo hacia él y denunciarlo. A mis 8 años, mi mamá empezó un grupo de violencia familiar. Duró 2 años y se empezaron a ver cambios en mi familia y, a los 10, los cambios en mí y en mi papá, fueron más notorios. Mi papá casi ni nos tocaba, y empezó a asistir a un grupo de violencia familiar

necesidades y, sin querer, empecé a salir, a buscar. Así se alteró mi hogar, empezaron los chismes. Fue un cambio que hubo que pulir con un gran “rallador” para que Ramón entendiera mi necesidad de libertad. Yo pedía únicamente confianza, ¿acaso no la tenía yo cuando él iba a trabajar?

Esos roces eran terribles. Cuando se quedaba en casa sutilmente siempre estaba dirigiéndome alguna palabra hiriente para mi persona o hacia el lugar donde iba. Es un pequeño reto que constantemente recibo. El no se resigna a que yo tenga mi tiempo individual, pero con mimos y contándole lo que hicimos o hablamos, y teniendo, ante todo, bien claro que mi individualidad debe ser respetada, con o sin su aprobación, una va saliendo del “nido machista”. ❖

Inés Romero, 43 años, Argentina

SALIR DE ESA CRISIS

para hombres. Le costó bastante, pero ahora y después de todo lo que nos pasó, los cuatro pudimos salir de esa crisis.

Ahora ya tengo 12 años, y con mi mamá me va bien, con mi hermana mal, y con mi papá me va más o menos. Con todas estas cosas que nos pasaron, fui desmejorando en el colegio, me fui llevando pésimo con mis amigas y mi carácter no es muy bueno que digamos, pero estoy tratando de cambiar. Al igual que mis papás pudieron, estoy segura de que yo también podré. ❖

Eva Gisele Garrod

CREO QUE VOY A TOMAR

UNA DECISION QUE VA A CAMBIAR MI RUMBO

He vivido con la convicción de que los anhelos profundos se realizan.

Nací en una familia donde siempre pude dar mi opinión y me sentí querida y valorada. Contra la oposición de muchos, decidí consagrar mi vida, teniendo como lo único claro: “creo que Dios me quiere allí”.

En muchos momentos de mi historia debí luchar junto a otras para ir caminando hacia otros rumbos, dejando estructuras paralizantes, buscando aires nuevos. Siempre me acompañó el entusiasmo. Pero desde hace unos años, cuando empecé a comprometerme más en el campo de la mujer, empecé a descubrir cuántas cosas me había mutilado la estructura patriarcal de la Iglesia y cuánta culpa había depositado en muchas de nosotras.

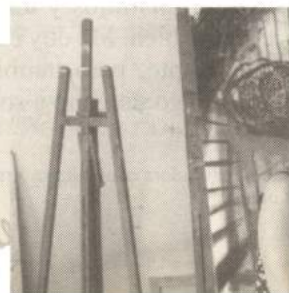
Me sentí extraña en lo que antes había sido mi opción de vida.

Al mismo tiempo me llenaban de alegría las mujeres del barrio confesando contentas pero aún con timidez: “ahora me dejo un tiempo para mí, tengo ganas de seguir estudiando” o “en mi casa todos hacemos algo, yo ya no soy la sirvienta”.

Creo que voy a tomar una decisión que va a cambiar mi rumbo porque sé quiénes renuevan mi entusiasmo, quiénes me hacen querer la vida, quiénes me hacen sentir mujer y descubrir una espiritualidad en lo de cada día. ¡Quiénes y qué me hacen feliz!

Yo, como sigo convencida de que los anhelos profundos se realizan, estoy activa y alegre construyéndolos. ❖

Peti, 59 años, religiosa, trabajadora comunitaria



LLENA DE VIDA
PARA COLMO
ME SIENTO
CULPABLE!

NO AGUANTO MAS!

“¡Hasta acá llegué!—dije un día—¡no aguanto más! Venía de aguantar ocho años de una pendiente que parecía no tener fin. Me junté con un hombre pensando que era la última oportunidad que se me daba para ser feliz y cambiar de vida (que no era nada linda, porque por sentirme querida aunque sea por un rato, yo daba cualquier cosa). Nunca supe retener a un hombre a mi lado. Para mí, amor era sexo (y sexo era lo mejor que sabía hacer). Me embarazaba y me dejaban.

Los primeros años fueron buenos, tuvimos una hija y después era todo promesas. Trabajaba por su cuenta y la casa estaba llena de amigos de él: tomaban, jugaban a las cartas, se iban juntos y no volvía por dos o tres días... y yo esperaba que cambiara, que saliéramos adelante. Yo le perdonaba todo; creía que yo era la culpable de todo, que yo no servía para tener un hombre a mi lado.

Ahora, después de que me animé a decirle que se vaya, que quería vivir sola, que no quería sufrir más, conseguí un trabajo decente, y cobro mi sueldo todos los meses. Doy apoyo escolar con un grupo de chicos y compañeras maravilloso. Bailo en una murga que se formó en el barrio (también invento las letras), e integro grupos de ayuda comunitaria. También, disfruto de mis hijos y mis nietos, sin culpas. Me siento bien. Me doy cuenta de mis errores y los acepto, pero también me doy cuenta de que tengo derecho a ser yo. ♦

Mónica, 38 años, educadora comunitaria, presentadora en la murga de su barrio.

HABIA APRENDIDO QUE

EL PODER DEL CAMBIO LO TENÍA YO

“Les voy a contar un proceso que me llevó varios años (aún sigo puliendo algunas aristas, pero he avanzado, para alegría de mi alma). Después de buscar, chocar contra varios muros, descubrí que todo lo que necesitaba estaba dentro mío...

Mis días transcurrían entre sueños que jamás llegaban a ser más que sueños.

Llegué a estar tan aislada que no veía a nadie: sólo cuidaba a mis dos hijas y seguía la rutina de la casa; me levantaba después de las doce, con dolores múltiples, delgada como un fideo y sin alegría. Con mi pareja teníamos tan mala relación que siempre terminaba golpeada y eso agravaba más mi situación.

Empecé yendo al médico por mi delicada salud, con mi nena de dos años, con las piernas moradas, los brazos y otros lugares del cuerpo golpeados. La doctora me derivó a un grupo de violencia familiar, donde fui tres meses a consultas y, milagrosamente, empezaron los cambios.

Al principio me aterraba la idea de contar y explorar mis

Stella, 30 años, educadora comunitaria, integrante de la murga, delegada del grupo de apoyo escolar y colaboradora en un proyecto de capacitación con jóvenes.

vivencias, pero, a poco andar, mejoré notablemente. Creí que en tres meses había cambiado todo, pero los problemas se suscitaron nuevamente. Pero, ahora, yo ya estaba preparada: había aprendido que el poder del cambio lo tenía yo.

Comencé haciendo un programa de vida donde incluí a mis hijas para lograr salir de una vez de esta situación. Volví a los grupos de violencia familiar, donde recomendaron que mi marido debía realizar un tratamiento. Volví a salir con amigas, supe recuperar mi autoestima, ayudé en un grupo de mujeres que estaban en la misma situación que yo estaba antes. Empecé a hacer cursos, a trabajar en un apoyo escolar, a dar clases particulares, a salir con mis hijas; mi salud mejoró una barbaridad.

Con mi pareja hubo muchas idas y vueltas, pero ya estaba claro, yo sabía bien lo que quería: vivir con dignidad, con fuerza, pasión y sobre todo, con paz en mi corazón. En todo caso, él logró un adelanto y, hoy, organizamos las cosas como para que todo lo que queramos hacer individualmente, lo logremos apoyando los proyectos del otro.

Tengo sueños realizados y otros tantos por realizar, pero sabiendo que con la comunicación pude poner mejor los límites y así disfrutar más del tiempo compartido. ♦

¿CUALES SON LOS COSTOS DE "SER"?

Hoy tengo 39 años. Miro mi presente y lo veo lleno de proyectos, sueños, deseos, acciones y prácticas que se entrecruzan. Este entramado tiene en la base amigos y muchas mujeres, algunas marcadas por una historia de maltrato, otras, por una búsqueda fuerte de afirmación y crecimiento personal. También hay un componente fuerte de familia, marcado por el cariño de cinco varones (cuatro hermanos y un papá) y una mujer (mamá) enfrentando una enfermedad que tiene que ver con su historia.

Vivo desde hace años un compromiso con el feminismo, despertado por una trabajadora social apasionada por "visibilizar" la violencia familiar y por teólogas que me enseñaron a "sospechar" de la lectura oficial de la Biblia. Estos aportes, sumados a un trabajo sobre prevención del SIDA con compañeros/as que se animan a "provocar" la discusión sobre sexualidad, libertad, placer, prevención, fueron cuestionando mi pertenencia a una institución religiosa.

¿Cuáles son los costos de "ser" y desplegar tanto, en espacios pluralistas, ecuménicos, y "achicarse" en otros, donde mucho está resuelto, no se discute, se espera que se haga de tal manera? Me di cuenta que tenía que ser sincera conmigo y poner en hechos lo que intuía. No quiero ser cómplice de dichos y prácticas que no nos tienen en cuenta a las mujeres.

Así, voy construyendo identidad con las mujeres con las que trabajo y sueño. ♦

Malu, educadora comunitaria

PERO, ENTONCES, ¿QUE VAS A HACER?

A mediados del año pasado me desperté un buen día y me encontré con que mis moléculas se habían reordenado (así me lo explico). Ya no necesitaba de la persona=máscara que me había servido para cubrirme durante largos años. Ya podía salir al mundo mi ser real.

Así que renuncié a mi carrera de 20 años como periodista, renuncié a mi puesto de corresponsal de un prestigioso diario británico, cuya fama e importancia me había servido como tarjeta de presentación y como hoja de parra, frente al mundo y frente a mí misma.

A fines del año pasado llegó el periodista reemplazante y yo quedé libre, sin obligación alguna de revisar minuciosamente los diarios todos los días, recortar, y pensar en temas áridos como las intenciones del Banco Central frente a las tasas de interés.

Pero, entonces, ¿qué vas a hacer? me preguntó todo el mundo. Ah, claro, vas a escribir un libro.

No, no estoy escribiendo un libro. Escribo un diario de vida, tres páginas cada mañana, que como un sol me calienta, me hace brotar todos los días el placer enorme de sentir, pensar y escribir, de jugar con ideas y palabras sin que nadie me las revise. Hago las tareas de la casa, hablo con mis hijos, mi marido, mis amigos, de cara, por teléfono, por e-mail. Tomo como mi lema: «Lo que encuentra tu mano para hacer, hazlo con toda tus fuerzas, para que la capacidad para lo divino en lo humano (=Dios) sea, en todas las cosas, celebrada.❖»

Imogen Mark, inglesa, radicada en Chile, ex periodista.



SER LESBIANA...

Carter Heyward*

Hablo siempre como lesbiana. Saco mi perro a la calle como lesbiana. Tomo desayuno como lesbiana. Oro como lesbiana. Me encuentro con mis estudiantes como lesbiana. Y como lesbiana luché contra el racismo y el antisemitismo tanto en mi propia vida como en todo el mundo.

Igual que la mayoría de las lesbianas no siempre me

* Isabel Carter Heyward es pastora anglicana y profesora de teología en la Episcopal Divinity School en Cambridge, Massachusetts. El siguiente texto es parte de *Lesbische Frauen* en Schottroff/Thiele: Gotteslehrerinnen, Kreuzverlag, Stuttgart 1989.

muestro como tal. No siempre cuento abiertamente mi experiencia de esta energía primordial presente en el amor entre mujeres, esa energía intensa, lúdica, espiritual, que tiene su origen psíquico en el anhelo de una relación buena, es decir justa, de hermanas, alegre y mutua entre mujeres. Esta energía está anclada emocional, física, política y espiritualmente en nuestro anhelo constante de relaciones fuertes y tiernas con nuestras madres, hermanas, hijas, amigas y amantes, como también de unidad con nosotras mismas.

Ser lesbiana no significa otra cosa que anhelar relaciones íntimas con otras mujeres. Queremos investigar nuestro fundamento común e individual, nuestro suelo, nuestras flores y, también, nuestras malezas. Queremos celebrar nuestro cuerpo y, en ese gesto, celebrarnos a nosotras mismas.

Juntas, las lesbianas comenzamos a creer que nuestros cuerpos, es decir, nosotras mismas, somos "la palabra sagrada" como lo expresara Chung Hyun Kyung. Esta palabra enseña que lo erótico es una fuerza sagrada. Esto es una conversión radical en nuestra "epistemología teológica".

La mayoría de nosotras que estamos en condiciones de reconocernos como lesbianas, tanto en el ámbito público como privado, somos mujeres blancas con una cierta seguridad económica. Pero

eso no significa que ser lesbiana sea principalmente un asunto de mujeres blancas. Las mujeres blancas debemos de estar conscientes que nuestra pertenencia de raza o nuestro status social nos permiten un cierto grado de desacato de las normas, que es inalcanzable para la mayoría de nuestras hermanas de color y pobres. Nosotras podemos escoger, más o menos, hasta que punto queremos salir de nuestro escondite, bajo que condiciones y en que momento. Pero eso significa también que las lesbianas blancas debemos vivir en una tensión creativa entre, por un lado, nuestra lucha pública contra la imposición de la heterosexualidad y la homofobia y, por otro lado, nuestra búsqueda de todas las formas de justicia. Nuestra vida, nuestra lucha y nuestra idea de justicia vienen de la misma raíz.

No podemos hacer todo para todos los seres humanos, pero, por lo menos, podemos estar conscientes del valor de cada ser humano y, sobre la base del reconocimiento de que cada una/o cuenta, seguir luchando por la justicia, la sobrevivencia y la dignidad de cada ser humano en la tierra.

En la lucha por la justicia es importante que dejemos claro, para nosotras y otros/as, que las mujeres lesbianas son portadoras de una fuerza y pasión muy especiales y, a veces, incluso, terribles. Es cierto que las mujeres disponemos, en la pasión cariñosa,

gozosa del amor representado por mujeres a otras mujeres, de una maravillosa fuente de bendición creativa y liberadora. Pero, llevamos en nosotras, también, la ira solitaria, a veces tortuosa, dolorosa, rabiosa, que nos suscita el hecho de que la bendición de nuestro amor y trabajo, demasiadas veces, queda oculta para las demás y para nosotras mismas. Para mí, personalmente, no hay nada más doloroso que tener que experimentar que mi fuente más propia, es decir el amor apasionado a mis amigas, esa fuerza erótica, creativa en mi vida, sea ridiculizada o completamente negada, no sólo por los padres de la iglesia, sino también por mujeres, incluso lesbianas.

Las lesbianas, pienso, no quieren ser invisibles, ni solas ni juntas. Nuestra vida y nuestro trabajo son muchas veces extraordinariamente fértiles. Pero las estructuras de poder de la sociedad heterosexual, estructuras como el matrimonio, la iglesia, los "buenos órdenes" de la educación, el sistema de salud, las terapias y otras instituciones, mantienen ocultos los resultados de nuestras capacidades.

En este contexto, muchas veces, nos herimos unas a otras, por miedo al poder y la pasión de nuestras relaciones. Todas lo hacemos y, sin embargo, estamos en este mundo para ayudarnos a sobrepasar este temor que nos debilita, que afecta nuestra energía y con eso, nuestras vidas. ❖

LA INVENCION DEL DESEO

Al leer la historia que me cuentas pienso: ustedes tienen una relación importante, significativa. ¿Tú quieres saber si él quiere que sean pareja? ¿Ese es el punto? ¿Si él se queda pensando en ti como alguien con quien le gustaría iniciar un romance? Y si no, dices, no importa, yo tengo mis mecanismos para no sufrir... Creo que esta es la forma que consideramos «normal» vivir nuestras relaciones e imagino un ejercicio con otras posibilidades, en las que nuestro deseo no estuviera tan pautado por la cultura: este tipo me gusta, luego, si yo también le gusto, corresponde que tengamos un romance, y si nos seguimos gustando, corresponde que sea mi pareja y, si todo va bien, en algún momento, hemos de vivir juntos y, luego, a ver si eso dura por siempre jamás. Fantaseo un deseo más difuso, más móvil, fantaseo una experiencia de las relaciones menos estandarizada: un ir viviendo cada relación en lo que esa relación va dando, comunicación, sensualidad, idas y venidas, aperturas y cierres, recovecos que se exploran hasta cierto punto y luego no se sigue por ahí, por las razones que sean.

Imagino respuestas—para ti, para mí—disfruta esa relación tal como es y como se está desarrollando, no rigidices tu deseo, mantente abierta, parada en tus pies, en ese piso que se mueve.



CONSULTORIO
SENTIMENTAL
(www.amor.com)

CUARTITO AZUL

Lo que me imagino de una relación no va por el lado de «vivieron felices por el resto de su vida», aunque debo reconocer que el «príncipe azul» ha sido un personaje imaginario significativo en mi

vida. Hoy día yo quisiera una relación muy libre y sin ataduras ni atados. Valoro y necesito mucho mi espacio

* Textos seleccionados de un "chat" (conversación en el ciberespacio) entre mujeres, sobre el amor y sus alrededores.

personal, aún más que tener una pareja. Quiero alguien con quien compartir a todo nivel, pasarlo bien, sin necesidad de involucrarse en los detalles de la subsistencia ni otros que no estén en el plano de los encantos. Pero, claro, eso no lo he vivido nunca, así es que no sé como es.

Comparto tus fantasías de romances cálidos pero con espacio, cada uno en su cuartito azul, visitarse en días de lluvia (como este, por ejemplo), alguien que te celebre todo (toda) y viceversa. En fin, no está mal como fantasía de año nuevo ¿no?

Y ME PASA UNA Y OTRA VEZ

Soyen extremo vulnerable al halago. Como que crezco en «valor» por esa apreciación externa. Entonces cuando dejo de gustar(le) me viene una sensación de nido vacío, de abandono, de inseguridad. Me cuesta sentir que todo está en mí, que lo único real es lo que yo soy y que eso es independiente de gustar o no: que tengo un valor intrínseco, mío y que nadie lo puede cambiar. Lo sé pero la vivencia de inseguridad no la puedo evitar.

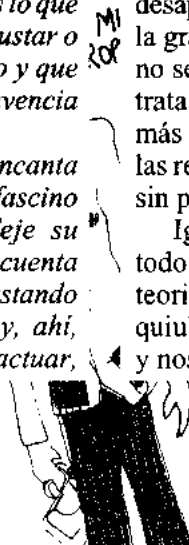
Me veo en estos días: un tipo se encanta conmigo mientras yo ni lo he visto; lo fascino con mi desplazamiento natural. Teje su seducción y yo me encanto cuando me cuenta como me ha ido viendo y como ha ido gustando de mí. Luego, entro en el romance y, ahí, empiezo a sentirme torpe, no sé cómo actuar,

si ser más o menos demostrativa, pierdo la naturalidad. Lo siento internamente: no estoy entera conmigo. Me siento forzada. Me siento insegura. Y noto esa sensación de dependencia. Cada gesto que me dice que él se mantiene interesado me levanta el ánimo, y los gestos contrarios, me desinflan. Pierdo toda sensación de poder interno: me achico, me aníño. Si más encima aparece una tercera persona en el camino, parece como que toda mi anterior seguridad se hiciera humo. Ahí dejo de sentirme atractiva y me siento desvalorizada. Y me pasa una y otra vez. Y por supuesto me echo la culpa: qué hice, dónde la embarré.

Cuando leí tu carta tuve la clara sensación de que estabas planteando con mucha precisión una situación que conozco muy bien (por dentro y por fuera—o sea en carne propia y por haberla escuchado/visto en otras), frente a la cual no conozco la salida. O sea, la conozco como tú: en teoría.

Todo va bien mientras todavía no entramos en el plano del romance, o de que ese tipo me gusta... Ahí nos desenvolvemos de lo más bien, sacamos chispa. Después nos confundimos enteras, perdemos naturalidad, nos sobreactuamos o nos escondemos, nos ponemos ansiosas, etc.. Conozco bien esa sensación de no sentirse libre para disfrutar lo que está pasando... ¿Así es el juego de las seducciones y los romances? Se me ocurre que no necesariamente. A veces, me parece observar que a otras no les pasa tanto: tienen más capacidad de desplazamiento, se desapegan más fácilmente, sueltan más... pero la gracia es que les sale hacerlo. Porque aquí no se trata de actuar de tal o cual manera, se trata de cómo sentirse internamente mejor, más bien plantadas... Que las incursiones en las relaciones eróticas no nos hagan sentir tan sin poder... esa sería la meta ¿no?

Igual después que escribo esto dudo de todo y me pregunto si tendrá algún sentido teorizar sobre algo que luego, a la hora de los quiubos, nos pilla igualmente desprevenidas y nos deja de vuelta y media.





ABRAZAR EL VACIO

Decantando los hechos que tú me relatas a mí la historia se me arma así: él te coqueteó, te sedujo con sus halagos, te encantaste y ese mismo día hicieron el amor. Al otro día tú esperabas complicidad, continuidad de algo que supuestamente había empezado entre ustedes (y esperar eso no me parece ninguna demencia, ningún apego desequilibrado, me parece lo más normal del mundo). Esperabas y deseabas que hubiera «algo» entre ustedes, ¿Por qué no? Pero, resulta que el susodicho se muestra más bien distante, no te da el trato «especial» que tú querías, otras mujeres lo rondan; él, al parecer, se deja querer... El caso es que la relación como que se disuelve en la nebulosa. ¿Y cuál es tu reacción? Te tupes, te apenas, no sabes cómo comportarte, pierdes tu espontaneidad, etc. Luego tú le escribes contándole lo que te pasa y sobre todo preguntándole qué le pasó a él contigo, que te diga algo sobre ti, insistes en buscar allá afuera un juicio acerca de ti. En el fondo le estás preguntando ¿qué te alejó?... como si hubiera algo de ti que lo hubiera alejado.

Aparte que creo que ese no es el punto, a lo que me interesa llegar es que en todo lo que a ti te pasa respecto de él, echo de menos una cosa: nunca te enojas. Conozco algunas mujeres a las que si les pasa algo así, estarían furiosas con el tipo. Se deprimirían un poco, tal vez, pero encontrarían que él tiene un problema (yo no digo que su percepción sea más verdadera, el tipo tiene derecho a hacer lo que le parezca, y si tiene o no un problema, no nos interesa). Otras se reirían de sí mismas, qué bochorno, dirían, yo ya creía que tenía un romance... Pero te aseguro que a ninguna se le ocurriría ni remotamente ir a preguntarle nada al tipo. El tipo pasó. No puedo asegurar que ellas tengan más razón, pero sí quiero poner de relieve que hay otras posibles reacciones frente a un mismo hecho, otras maneras de vivirlo internamente. Tú me contestarás que a ti te gusta «cerrar» las experiencias. Yo prefiero la idea que no todo se puede «cerrar» en esta vida y que, precisamente, tenemos que aprender a aceptar esto de que muchas experiencias quedan abiertas, no se cierran... o se cierran mucho después, inesperadamente, cuando ya ni las recordábamos... o, simplemente, no se cierran. Y tal vez ese sea otro de los ejercicios espirituales que nos hacen falta, así como abrazar el vacío, abrazar lo «abierto».

PELIGRO, PELIGRO

Me acuerdo de una película de Woody Allen en la que en medio de una escena, un diálogo entre una pareja, aparecían unos personajes medio ridículos, una especie de coro griego, que decían «peligro, peligro»... Aunque cada historia es única y no se puede generalizar, creo que los tipos

casados, son un puro problema..... Todo va en cómo se lo tome él y cómo te lo tomes tú... pero «peligro», «peligro». ¿Cómo te sientes tú entrando en esta dinámica del «secreto», (alguien podría encontrar emoción en eso, yo no, a estas alturas), frente al tipo de límite que se establece cuando una de las partes tiene otra relación? Adivino una situación difícil de llevar, se requiere mucha soltura de cuerpo, capacidad de movimiento, desapegos, cosas para las que no todas tenemos sistema nervioso. Yo creo que una cosa es una relación con espacios propios y con mucha independencia y otra cosa es que una de las partes ande con complicaciones y enredos que a nada gozoso conducen.....



LA PREGUNTA, MI AMIGA, ESTA SOPLANDO EN EL VIENTO

Me encantó un tipo que conocí hace poco. Es medio difícil relatarte por qué me encantó: quizás fue una especie de cortejo a través del baile, con juego, mucha broma, ambos circulando alrededor del otro. Me sentí entrando a un juego que se mantenía, ahí, en el juego, con hartito abrazo, bailando pegadito y entrelazando pasos. Me hace unos piropos medio descarnados, ¿o descarados?, muy divertidos. Me encanta sentir ese calorcito en el corazón. Mi cuerpo se estira, vuelvo a sentir esa especial sensualidad media serpentosa, me desplazo canchera por las calles, y eso lo hace el contacto con un hombre y el juego de la seducción. Me preguntaba ¿por qué no surge esa sensación desde mí misma? Pregunta al viento.



Terri Ruth Unger

MUJERES AL BORDE...

Acabo de ver *Mujeres al borde del ataque de nervios* y me quedo pensando si en esa película de Almodóvar no hay, acaso, mas verdad en torno a las relaciones que en estos desvarios intelectuales... Vaya una a saber.



LA MUJER ROJA

Ute Selbert

Durante un Taller trabajamos con las diferentes etapas en la vida de las mujeres: la niña/joven, la mujer adulta y la mujer mayor. Descubrimos cómo cada una de estas etapas no es solamente un momento cronológico en la vida de cada una, sino que hay energías y énfasis diferentes en cada etapa que están presentes en toda nuestra vida. Siguiendo las tradiciones de diferentes culturas (y conscientes de los límites de tales asociaciones arquetípicas), adoptamos y experimentamos con la atribución de un color a cada etapa de la vida: la etapa de la niña/joven se asocia con el blanco, el rojo aparece como el color de la mujer adulta, mientras el negro se asocia a la mujer mayor.*

A partir de esta experiencia queremos proponer algunos elementos que pueden facilitar el contacto con la energía de la mujer adulta, la mujer roja.

En el centro hay instrumentos musicales sobre pañuelos rojos; la sala está ambientada también con imágenes que expresan esta energía, en nuestro caso, imágenes de la artista Niki de Saint Phalle. Previamente se pidió a cada participante que trajera una tela o un pañuelo grande; teníamos música africana de tambores y danzas árabes, además de témperas, pinceles, y papeles grandes.

Iniciamos nuestro encuentro moviéndonos al ritmo de una música de tambores. Individualmente y en círculo

bailamos esta danza africana que nos conecta con la tierra, con nuestras raíces: movimientos que marcan el ritmo sobre el suelo; de a poco los cuerpos parecen estar tocando este gran tambor, la tierra; estamos en círculo y una mujer entra a moverse a este ritmo, invitando a otra, van cambiando las parejas, expresando esta energía con sus cuerpos.

Al finalizar el baile, cada una siente la energía que le evocó esta danza y resume esta sensación en una palabra; ponemos estas asociaciones en una fuente grande en el centro.

Nos conectamos, luego, con otra música; tomamos los pañuelos, escuchamos una danza árabe y, lentamente, cada una se va conectando con el movimiento que esta música le provoca. Surgen movimientos más suaves y sensuales que los de la danza anterior. Nacen desde la pelvis, se extienden por el cuerpo, y se prolongan en el pañuelo.

Al finalizar el baile, nuevamente cada una se queda con sus sensaciones y resume en una palabra la sensación que le evocó esta danza árabe. Ponemos estas asociaciones en una fuente grande en el centro.

Pasamos a otro momento en que hacemos nuestra propia música. Tenemos diferentes instrumentos musicales (algunos

caseros) y dedicamos un momento a familiarizarnos con sus texturas, formas, y sonidos. Luego cada una se queda con un instrumento para expresar lo que significa el rojo para ella; una por una, nos vamos presentando ante las demás. Luego, tocamos todas juntas, y mientras escuchamos los sonidos de las otras, nos vamos agrupando de a cuatro, dialogando con los instrumentos y luego con palabras. El grupo busca una manera de cómo expresar con los instrumentos la energía del "rojo".

El rojo, más que los otros colores está relacionado con la creatividad, la expresión, el movimiento hacia afuera.

Buscamos profundizar este contacto con el rojo a través de la pintura. Cada una recibe un gran papel y con témperas y gruesos pinceles vamos pintando nuestra energía roja. En el plenario mostramos las pinturas y cada una da un nombre a la suya.

En pequeños grupos compartimos dónde, cómo y en qué momento usaremos nuestra energía roja en la vida cotidiana.

Terminamos bailando, disfrutando nuestra energía creativa, vital y sensual. ☐

* Me refiero al taller *Transgresoras, viajeras, soñadoras: Identidad femenina, espiritualidad y vida cotidiana*, que coordiné, entre junio y agosto de 1997, junto a Verena Engler y Josefina Hurtado.



La salud reproductiva es un estado general de bienestar físico, mental y social, y no de mera ausencia de enfermedades o dolencias, en todo los aspectos relacionados con el sistema reproductivo y sus funciones y procesos. La salud reproductiva entraña, por una parte, la capacidad de disfrutar de una vida sexual satisfactoria y sin riesgos y, por otra, la libertad para decidir procrear o no, cuándo y con qué frecuencia. El hombre y la mujer tienen el derecho a obtener información y acceso a métodos seguros, eficaces, asequibles y aceptables, de su elección, para la regulación de la fecundidad, así como el derecho a recibir servicios adecuados de atención de la salud que permitan los embarazos y los partos sin riesgos¹.

Derechos reproductivos y sexuales


Trabajar por los Derechos Reproductivos y Sexuales significa estar atentas a un conjunto de situaciones en que las mujeres nos vemos involucradas desde que nacemos. En la I Convención Nacional de Salud de las Mujeres organizada por El Foro de Salud y Derechos Reproductivos el año 1994, las participantes propusieron y aprobaron el reconocimiento de los siguientes Derechos:

- Contar desde niñas/os con la nutrición necesaria para el adecuado crecimiento y desarrollo integral de su cuerpo y de su futuro potencial reproductivo.
- Contar con información y conocimiento

adecuado y suficiente acerca de la sexualidad y la reproducción.

- Tener información acerca de los beneficios y riesgos de medicamentos y tratamientos médicos o quirúrgicos.
- Tener conocimiento del propio cuerpo, aceptarlo, apreciarlo y cuidarlo.
- Contar con servicios de salud general, de sexualidad y salud reproductiva, incluyendo servicios de contracepción de buena calidad, con acceso para todas las mujeres de acuerdo a sus necesidades en todos los momentos de su ciclo vital.
- Poder ejercer la sexualidad independiente de la reproducción.
- Tener la posibilidad de ejercer la sexualidad sin riesgos.
- Poder optar por no tener relaciones sexuales.
- Poder elegir con quien relacionarse sexualmente.
- Decidir acerca de tener o no tener hijos/as, el número, distanciamiento entre ellos/as, regulando la fecundidad a través de la contracepción masculina o femenina.
- Tener acceso a métodos de anticoncepción seguros y eficaces, y a la esterilización de acuerdo con las preferencias y circunstancias de cada cual.
- Tener acceso a la prevención y tratamiento de las enfermedades del aparato reproductivo.
- Tener garantizada la atención y control adecuado del embarazo, parto y post-parto.
- Contar con una legislación adecuada para el aborto, sin penalización y por ende sin riesgos de enfermedad o muerte.

- Contar con efectiva protección legal y jurídica frente a la violencia sexual.
- Poder tomar decisiones informadas acerca de intervenciones quirúrgicas sobre el propio cuerpo.
- Contar con efectiva protección legal y jurídica frente a los abusos quirúrgicos (ej. cesáreas, esterilización, etc.).
- Participar en el seguimiento de investigaciones de tecnologías nuevas relacionadas con la reproducción.
- Contar con información y legislación adecuada en materia de nuevas tecnologías en reproducción humana.
- Vivir la maternidad verdaderamente compartida con la pareja, con la familia y la sociedad.

Los Derechos Reproductivos constituyen el reconocimiento del derecho básico de todas las parejas e individuos a decidir libre y responsablemente el número de hijas/os, el espaciamiento de los nacimientos y el intervalo entre éstos, y a disponer de la información y de los medios para ello. En este marco se debe reconocer, también, el derecho a alcanzar el nivel más elevado de salud sexual y reproductiva. La promoción del ejercicio responsable de estos derechos debe ser la base primordial de las políticas y programas estatales y comunitarios en la esfera de la salud reproductiva². 

Notas:

1 y 2. Citado del programa de Acción adoptado en la Conferencia sobre Población y Desarrollo-El Cairo, 1994.

El Colectivo Con-spirando
te invita a participar
en nuestra primera

**ESCUELA DE
ESPIRITUALIDAD
Y ETICA
ECOFEMINISTA**

Tema Central:
MITOS Y PODERES

17-27 de enero, 2000
El Quisco, Chile

Costo total: US\$ 400
(incluye alojamiento y comida)
***Cupo limitado**

Para más Información

Colectivo Con-spirando
Casilla 371-11
Correo Ñuñoa
Santiago, Chile
Fono/Fax:
(+562) 222-3001
E-mail:
conspira@bellsouth.cl



ENCUENTROS

Entre los días 27 al 30 de noviembre de 1998 se realizó en Harare, Zimbabwe, el "Festival del Decenio Ecuménico. Visiones más allá del 1998", en el cual las y los participantes evaluaron y proyectaron el Decenio de Solidaridad de las Iglesias con las Mujeres iniciado por el Consejo Mundial de Iglesias en 1988. Publicamos extractos de la Carta "De la solidaridad a la responsabilidad", enviada a la Octava Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias (CMI), realizada en Harare en diciembre de 1998.

"Ahora que llegamos al final de este camino, tenemos que reconocer que el Decenio de Solidaridad de las Iglesias con las Mujeres ha sido un decenio de solidaridad de las mujeres con las mujeres.

El estar juntas en el Festival nos hizo recordar la herencia que hemos recibido de nuestras antepasadas: la espiritualidad de "no resignarnos". Hemos escuchado la respuesta de nuestras hermanas a la pregunta de Jesús: "Mujer, ¿por qué lloras?", revelando su dolor secreto debido al aislamiento, la injusticia económica, los obstáculos a la participación, el racismo, el fundamentalismo religioso, el genocidio étnico, el acoso sexual, el SIDA y la violencia contra las mujeres y los niños. Lamentamos esta situación.

Una comunidad humana donde se valore la participación de todos

Nosotras y nosotros, mujeres y hombres participantes en el Festival del Decenio,

nos comprometemos a cumplir la misión de Dios y construir un mundo donde todo el pueblo de Dios pueda tener vida en abundancia, compartir equitativamente los recursos del mundo, vivir en armonía con la creación y reconocemos unos a otros como creados a imagen de Dios. Esto significa que sostenemos firmemente la visión de una comunidad humana donde se valore la participación de todos y cada uno, donde nadie sea excluido por razones de raza, sexo, edad, religión o práctica cultural, donde se celebre la diversidad como don de Dios al mundo.

Con este propósito, instamos a nuestras iglesias, participantes en la Octava Asamblea, a hacer suya esta visión y a dedicar los recursos del CMI para crear programas, materiales educativos, redes y oportunidades para apoyar y capacitar a las mujeres. Instamos a nuestras iglesias a dedicar tiempo y energía a la lucha contra los males de la dominación y la discriminación. Las exhortamos a estar atentas para evitar toda forma de exclusión en las estructuras y prácticas de la iglesia. Incluyamos, entonces, en nuestras iniciativas:

- Oportunidades y programas de educación teológica para las mujeres, que hagan honor a sus voces y experiencias.

- Programas teológicos que incluyan las perspectivas de las mujeres y estudios sobre las cuestiones de género.

- Liturgias, y orientaciones en materia de género y lenguaje que confirmen y afirmen a todos los participantes.

- Políticas que promuevan un equilibrio

de género, edad y raza en los cargos y funciones de dirección, así como el respeto de las identidades culturales de las personas.

Condenamos la violencia

Reconocemos que diversos temas éticos y teológicos, como la ordenación de la mujer, el aborto, el divorcio y la sexualidad en toda su diversidad repercuten en la participación y son difíciles de abordar en la comunidad de la iglesia. Durante el Decenio, la sexualidad humana en toda su diversidad se planteó como una cuestión particularmente importante. Condenamos la violencia que se perpetúa debido a diferencias de opiniones sobre este tema entre hombres y mujeres. De hecho, para algunas mujeres y algunos hombres de nuestras comunidades, no se justifica plantear esa cuestión. Pedimos la sabiduría y la guía del Espíritu Santo para poder continuar nuestro diálogo, a fin de que prevalezca la justicia.

Sostenemos con firmeza la lucha por la eliminación de toda violencia en sus diversas formas (sexual, religiosa, psicológica, estructural, física, espiritual, militar) y de la cultura de la violencia, sobre todo la violencia que afecta a la vida y la dignidad de las mujeres. Declaramos nuestra decisión de oponernos a cualquier intento de disculpar, disimular o justificar la violencia. Declaramos que la presencia de la violencia en la iglesia es una ofensa contra Dios, contra la humanidad y contra la tierra. Incluyamos, entonces, en nuestras iniciativas:

- La creación de oportunidades y espacios para que las mujeres puedan hablar sin temor sobre la violencia y los abusos que padecen, rompiendo así la cultura del silencio.

- La denuncia de todo abuso sexual, especialmente los cometidos por quienes ocupan posiciones dirigentes en la iglesia.

- El establecimiento de procedimientos para restaurar la justicia, en los que tanto las víctimas de la violencia como sus perpetradores, tras reconocer la verdad,

puedan experimentar el poder del perdón y de la reconciliación.

- La eliminación de toda justificación bíblica y teológica para el uso de la violencia.

- La denuncia de todas las iniciativas de guerra, adoptando medidas para quitar legitimidad a la guerra y buscando otros medios no violentos para resolver los conflictos.

- La denuncia de la mutilación genital femenina, el turismo sexual y el tráfico de mujeres y niños.

Un mundo en el que reine la justicia económica

Sostenemos con firmeza la visión de un mundo en el que reine la justicia económica, donde la pobreza ya no sea tolerada ni justificada, donde los pueblos del Sur y el Este prosperen junto con los del Norte y del Oeste, donde se restablezca el equilibrio del poder y la riqueza y donde las mujeres y los niños ya no sean sometidos a trabajos forzados y deshumanizantes. Exhortamos al CMI y sus iglesias miembros a que se adhieran a la Plataforma de Acción de las Naciones Unidas, aprobada en Beijing, y al Decenio de las Naciones Unidas para la Erradicación de la Pobreza 1997-2007, y a trabajar con otras organizaciones no gubernamentales en este programa común. Instamos a nuestras iglesias a elevar juntas sus voces contra todo vestigio del colonialismo y toda forma de neocolonialismo, así como contra la injusta y no deseada injerencia de Estados y otros poderes en los asuntos internos de otras naciones. Instamos a que pidan al Banco Mundial y el Foro Monetario Internacional que suspendan inmediatamente todos los programas de ajuste estructural que afectan a los más vulnerables, especialmente a las mujeres y los niños.”

Para conseguir el texto completo, solicitar Documento Número DE 6, al Servicio Lingüístico, Consejo Mundial de Iglesias, 150 route de Ferney, 1211 Ginebra 2, Suiza.



RETRATO

Con motivo del XIII Congreso Mundial de Sexología celebrado en Valencia del 25 al 29 de junio de 1997, un grupo de profesionales de la sexología y los estudios de género de cinco países, nos reunimos con el propósito de compartir nuestras perspectivas de trabajo y crear una *Red de Sexología y Género*. Esta Red se crea para apoyar un enfoque más global e integrador en torno a las vivencias y el comportamiento sexual humano, que contemple la sexualidad desde la diversidad.

La sexualidad, y por lo tanto la sexología, tiene que ver sobre todo con lo imaginario, con el deseo, con cómo se construye nuestro deseo, con nuestras relaciones en una sociedad dada, con cómo sentimos y expresamos lo que sentimos, etc. Todo esto tiene que ver con la construcción psicológica, social y cultural de la persona.

Esta red pretende evidenciar cómo la educación y estructura social de género produce comportamientos y vivencias sexuales diferenciadas, y a su vez problemáticas personales y relacionales, dando lugar a sintomatologías y dificultando las relaciones humanas más placenteras. Todo esto debe ser estudiado para variar determinados conceptos y planteamientos acerca de lo que se considera la "sexualidad normalizada", que frecuentemente responde a un modelo patriarcal y tradicional de la sexualidad.

Nos proponemos:

1. Intercambiar entre las integrantes de la Red materiales, experiencias e información.
2. Crear Centros de Información en cada uno de los países miembros accesibles a las personas que lo requieran.
3. Relacionarnos con otras redes, organismos e instituciones, para intercambiar conocimientos y experiencias.
4. Difundir a través de programas educativos, jornadas, conferencias, talleres y publicaciones un nuevo modelo de sexología, no patologizante y respetuoso de las diversidades, en un espacio de placer y bienestar, que propicie relaciones amorosas, eróticas y placenteras hacia una misma y hacia los demás.

Países participantes: Argentina, Chile, España, México, Uruguay
Dirección electrónica provisional:
erick@facilnet

RECURSOS

LECTURAS PARA CON-SPIRAR



Nuestros cuerpos, nuestras vidas para el nuevo siglo

Boston Women's Health Book Collective, A Touchstone Book, 1998.

En 1970 el Boston Women's Health Book Collective publicó *Nuestros cuerpos nuestras vidas*, libro que nace como resultado de un curso en salud, sexualidad y crianza realizado por y para mujeres. "Es en el recuento de la historia personal, y las experiencias del cuidado del cuerpo que descubrimos que lo personal es político", afirman las editoras. Este libro se convirtió en un manual guía para las mujeres y ha ayudado a impulsar y sostener los movimientos nacionales e internacionales en el área salud. El libro desmistifica términos, destrona doctores, y da pistas para que las mujeres visualicemos nuestros cuerpos de manera distinta. Desde entonces, ha continuado siendo fuente de información y discusión. Ahora, catapultando al movimiento feminista hacia el nuevo milenio, aparece esta última edición, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas para el nuevo siglo*.

En esta edición, el libro se

construye desde sus logros pasados, manteniendo muchos de sus capítulos, como asimismo teniendo en cuenta sus debilidades. En este sentido esta nueva edición amplía substancialmente la representación y contribución de las mujeres en cuanto a edad, etnia, origen racial, como asimismo incluye tópicos relacionados con opciones sexuales y descubrimientos en el tratamiento del SIDA. En estas páginas las mujeres—de todas las generaciones—encontrarán no solo información actualizada, sino recursos para una ayuda personal para aquellas decisiones que moldearán su salud y sus vidas



Mujeres sanando la tierra. Ecología, feminismo y religión según las mujeres del Tercer Mundo.

Rosemary Radford Ruether, Sello Azul, Santiago, Chile, 1999.

En *Mujeres sanando la tierra*, la destacada teóloga, Rosemary Radford Ruether—quién durante

los últimos años ha explorado la relación entre la crisis ambiental y el rol de la religión—reúne reveladores escritos de catorce mujeres latinoamericanas, asiáticas y africanas sobre el significado de los temas eco-teológicos en sus propios contextos—y su significado para las mujeres del Primer Mundo.

Las ecofeministas del norte, señala Ruether, deben escuchar atentamente a las mujeres del sur, ya que los problemas comunes sólo se pueden resolver comprendiendo las diferencias culturales e históricas. Cuando las mujeres del sur reflexionan sobre temas ecológicos, se basan en asuntos de vida y muerte, no en teorías ni estadísticas. El empobrecimiento del ambiente equivale al literal empobrecimiento de la gran mayoría de los habitantes del planeta, concluye.

Al abordar los temas entrelazados de ecología, clase, etnia, religión y sus elementos liberadores, *Mujeres sanando la tierra* se dirige especialmente a mujeres y hombres involucrados en la lucha para superar la violencia contra las mujeres y la naturaleza, y garantizar la preservación ecológica y la justicia social.



CONTACTOS

Argentina

Mabel Filippini
CEASOL
Terrada 2324
1416 Buenos Aires
Tel : 54-1 503-3674
Fax: 54-1 503-0631

Grupo Ecuémico
de Mujeres, F.E.C.
Pedernera 1291,
San José 5519, Mendoza

Australia

Maggie Escartin
P.O. Box 165
Hunters Hill, NSW, 2110
Fax: 612-9 879 7873

Bolivia

Centro de Estudios y
Trabajo de la Mujer
Calle Junín 246
Casilla 4947, Cochabamba
Tel: 591-42-22719

Brasil

Ivone Gebara
Rua Luis Jorge dos Santos, 278
Tabatinga
54756-380 Camaragibe - PE

NETMAL
Caixa Postal 5150
09731 Rudge Ramos
Sao Bernardo do Campo IMS
SBC, SP
Fax: 011 455-4899

Costa Rica

Janet W. May
Apartado 901
1000 San José
janmay@smtp.racsa.co.cr

Ecuador

Hna. Elsie Monge
Comisión Ecuémica de
Derechos Humanos
Fono/fax: 58025
cedhu@ecuanex.net.ec
Casilla 1703-720
Quito, Ecuador

El Salvador

Círculo Teológico Feminista
Apartado postal 1099
Centro de Gobierno
San Salvador
El Salvador-CA

Europa

Lene Sjørup
ESWTR
GL. Kongevej 5, DK-1610
Copenhagen, Dinamarca
Fax: 45-33258110
E-mail: lsj@cdr.dk

Catherine Norris
Britain & Ireland School
of Feminist Theology
Rush Cottage
Wheldrake Lane
Crockey Hill
York, YO19 4SH
Inglaterra
Tel: 01904-624259

Estados Unidos

WATER
8035 13th Street
Silver Spring, MD 20910
Fax: 301 589-3150

CAPACITAR
23 East Beach Street, Suit 206
Watsonville, CA 95076
Fax: 408 722-77043
capacitar@igc.apc.org

Guatemala

Rebeca Cervantes
"Confregua"
Apartado 793
Ciudad de Guatemala

Nicaragua

Anabel Torres
"Cantera"
Apdo. A-52
Managua,

México

Mujeres para el Diálogo
Apartado Postal 19-493
Col. Mixcóac
03910 México, D. F.

Perú

Rosa Dominga Trapasso
Talitha Cumi
Apartado 2211
Lima 100
Tel: 51-14-235852

Uruguay

Católicas por el
Derecho a Decidir
CC Central 1326
Montevideo
Fono-fax: 598-2-485005

Venezuela

Gladys Parentelli
Apartado Postal 51.560
Caracas 1050 A
Tel : 58-2-7301849
Fax: 58-2-9935573

Números ya publicados:

- Nº 1: Convocando nuestra red de ecofeminismo, espiritualidad y teología
- Nº 2: Re-tejiendo las huellas de nuestro mestizaje
- Nº 3: La teología feminista en Asia: transformando una pirámide en un arcoiris
- Nº 4: El ecofeminismo: reciclando nuestras energías de cambio
- Nº 5: De cuerpo entero
- Nº 6: Haciendo memoria: raíces indígenas
- Nº 7: Por amor al arte
- Nº 8: Desarmar la violencia
- Nº 9: Oh María, madre mía
- Nº 10: La muerte... de la vida, el otro lado
- Nº 11: Nuevas economías
- Nº 12: Cuerpo y sanación
- Nº 13: Buena nueva, buenas nuevas...
- Nº 14: Sombras, brujas, sueños
- Nº 15: ¿Hombre y mujer los creó?
- Nº 16: Afectos y poderes
- Nº 17: Ética y ecofeminismo
- Nº 18: ¿Cambiar el mundo?: nudos, desplazamientos
- Nº 19: Por sus símbolos los conoceréis
- Nº 20: Autonomías y pertenencias: ¿dónde ponemos los límites?
- Nº 21: Desde la memoria sumergida: artistas, místicas, viajeras...
- Nº 22: Un tal Jesús... "Uds. ¿quién dicen que soy?"
- Nº 23: Ecofeminismo: hallazgos, preguntas, provocaciones
- Nº 24: Trabajo: sentidos y sin-sentidos
- Nº 25: Derechos humanos: ¿qué derechos? ¿derechos de quiénes?
- Nº 26: (Trans)formación y cambio cultural
- Nº 27: Tiempos de inicio
- Nº 28: Mujer adulta: entrelazando ciclos

Sabemos que son muchos los temas sobre los que quisiéramos intercambiar nuestras reflexiones, nuestras intuiciones, nuestras visiones. Por lo pronto, te invitamos a hacernos llegar tus colaboraciones, ya sea en artículos, entrevistas, poemas, dibujos, ritos, etc., en torno al tema del próximo número de *Con-spirando*.

Próximos números de 1999:

- Nº29: La mujer madura (la integración o reposo)
- Nº30: Los entrelazados entre los ciclos



*derechos humanos:
¿qué derechos? ¿derechos de quién?*



(trans)formación y cambio cultural



tiempos de inicio



*mujer adulta:
entrelazando ciclos*